

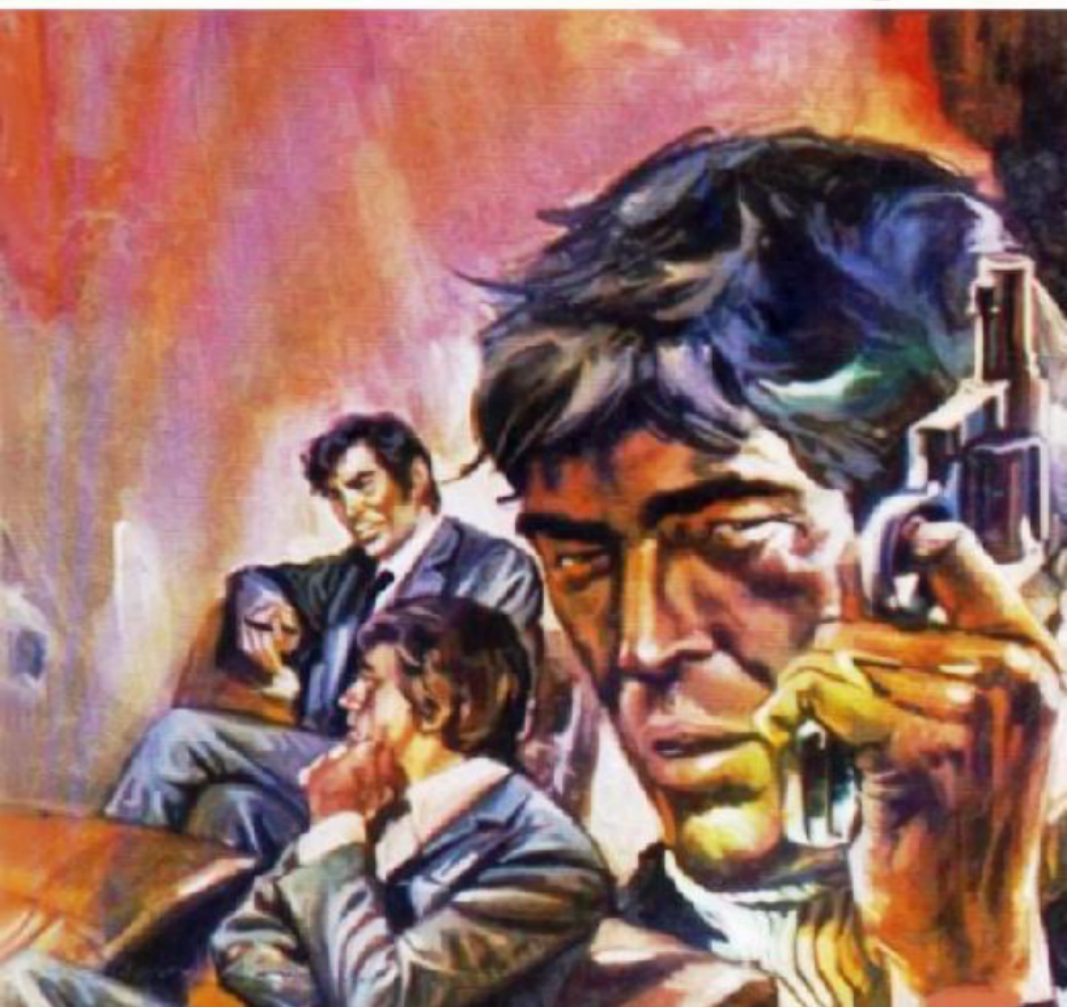
**BRUGUE
RA**

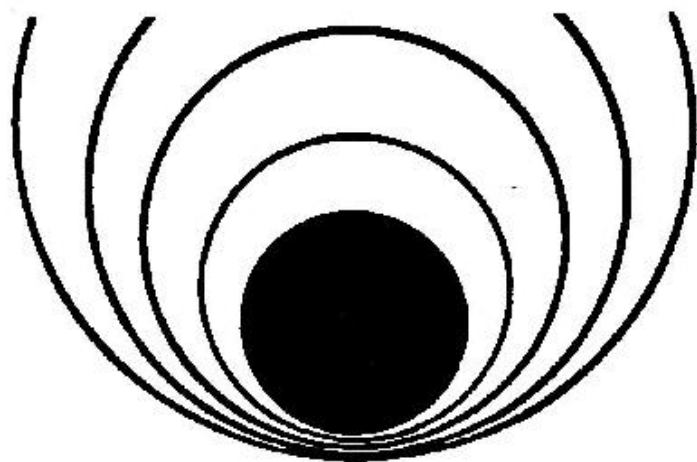
BOLSILIBROS

T POLICIACO

JUSTOS Y PECADORES

Lou Carrigan





PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección LA HUELLA:**
140 — Tempestad en un vaso de agua.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:**
685 — El valor del miedo.
- En Colección ARCHIVO SECRETO:**
265 — Sekreten Polizeiken.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:**
581 — Venganza apache.
- En Colección PUNTO ROJO:**
1.142 — Dinero. siempre dinero.
- En Colección SERVICIO SECRETO:**
1.762 — Un beso olvidado.
- En Colección KANSAS:**
1.322 — Tiene que morir.
- En Colección CALIFORNIA:**
1.342 — Morir y dejar morir.
- En Colección COLORADO:**
1.359 — Trampa para un rural.
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:**
1.597 — Si vas por el camino del diablo.
- En Colección BISONTE SERIE ROJA:**
1.881 — Cuatro y un burro.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:**
699 — Se busca por asesino.

LOU CARRIGAN

JUSTOS Y PECADORES

Colección PUNTO ROJO n.º 1.146
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02520-X
Depósito legal: B. 13.804-1984

Impreso en España · Printed in Spain

1.ª edición en España: mayo, 1984
1.ª edición en América: noviembre, 1984

© Lou Carrigan - 1984
texto

© García - 1984
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas
que aparecen en esta novela, así como las
situaciones de la misma, son fruto exclu-
sivamente de la imaginación del autor,
por lo que cualquier semejanza con per-
sonajes, entidades o hechos pasados o
actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152. Km 21.650) Barcelona · 1984

CAPITULO PRIMERO

Ella lo vio nada más entrar en el bar, y talmente pareció que fuese a quedar estupefacta para toda la vida. Se vio claro que titubeaba, y luego, por fin, fue a sentarse a uno de los taburetes qué había ante la barra.

El parecer, él ni se había enterado de la llegada de ella. Vamos, que ella no existía, no estaba en el mundo. Simplemente, él estaba sentado a una mesa del rincón, tomándose un whisky, y eso era todo. O sea, que en la vida no había nada más allá ni más acá del whisky. Y punto.

—¿Sí? —inquirió el camarero, mirando con expresión lasciva muy mal disimulada a la muchacha.

—Cóctel de ron —dijo ella.

—Cóctel de ron —repitió el camarero, como fatigado—. Hay muchos cócteles de ron.

—Pues uno de éstos.

—Creí que querría alguno especial.

—Si quisiera uno especial habría pedido un cóctel especial de ron. Y si lo quisiera muy, muy especial, no habría salido de casa, pues yo sé preparar cócteles muy especiales.

—¿Por ejemplo? —empezó a sonreír el camarero.

—¡A ti te lo voy a decir!

—Pero tal vez me invitaría a uno de esos cócteles.

—Cuando se te quite la joroba, amigo.

—No soy jorobado.

—Pues por eso: primero tendrías que ser jorobado, y luego dejar de serlo. No sé si me explico.

—Bastante bien.

El camarero se alejó de mala gana a preparar un cóctel de ron, mixtura que no presagiaba nada bueno. Pero allá cada cual, con sus preferencias, por exóticas, sofisticadas o extravagantes que sean. O explosivas, que nunca se sabe.

La muchacha estaba mirándolo ahora por medio del espejo. Nada, que el guapetón aquel ni se enteraba de la vida. Como si estuviera solo en el mundo. Ella encendió un cigarrillo, y estuvo fumando entre pensativa y algo interesada por el guapetón hasta que el camarero colocó la bebida ante ella.

—Cóctel de ron.

—A saber qué porquería has inventado.

El camarero encogió los hombros. Si por él hubiera sido se habría marchado en aquel mismo instante con la muchacha. Era un bombón en plan bravío. Rubia y de ojos azules, alta, con un cuerpo espléndido, una boca preciosa y un inocultable estilo de hembra de clase, segura de sí misma, que sabe adaptarse a todo y mantener a la gente en su sitio. Una hembra de primera magnitud, que no tenía ni comparación con los petardos que ocasionalmente se llevaba el camarero a la cama.

—¿Quién es el del rincón? — preguntó ella, moviendo la cabeza hacia el solitario guapetón.

—Ni idea —volvió a encoger los hombros el camarero—. Hace dos o tres días que viene por aquí.

—¿Solo?

—Hasta ahora, sí.

Ella asintió. El camarero se puso de mala uva. Ciertamente que tampoco él podía compararse al tipo de la mesa del rincón, pero no hay para excluir de modo tan desconsiderado a los feos. Maldita sea, es que siempre eran los mismos los que se llevaban a las mismas... Con seguridad, si él hubiera sido como el sujeto solitario habría podido llevarse a la cama a la rubia. Pero él no media más de metro ochenta, ni tenía cara de guapo con mala leche, ni vestía como un deportista bien pagado, ni tenía... ¡Bah, al demonio!

—¿Le gusta el cóctel? —se interesó, más que nada para dejar de pensar en otras cosas.

—No — negó ella—. Es una porquería.

—En este lugar no servimos porquerías.

Ella sonrió. ¡Dios, si era hermosa...! Y segura de sí misma, vaya que sí. El bar estaba en Collins Avenue, la arteria principal de la ya lujosa Miami Beach, y no era ni mucho menos un cuchitril, sino que había gente de bastante tono... Pues bien, ella había entrado allí como si se dispusiera a dar órdenes de que aquel tugurio debía ser limpiado si querían tenerla a ella como diente...

—En este lugar —dijo ella, sin dejar de sonreír— se estafa al

público como en todos los lugares donde se sirven cócteles. Y yo digo que este cóctel es una porquería. Y si te pones valiente llamo por teléfono a un amigo que es químico, le digo que venga acompañado por la policía y le hago analizar esta asquerosidad. ¿Qué te parece?

—No tengo ganas de bronca, señorita. Y usted ha venido buscando guerra. ¿Por qué no se mete con el tipo que le ha gustado?

Ella airó las cejas, abrió la boca, la cerró, miró al sujeto del rincón por medio del espejo, se volvió a mirarlo directamente, miró al camarero, y de pronto sonrió de nuevo. Era preciosa. Era un bombón. Estaba más buena que la vida que podía darse uno en las Hawái con cinco mil dólares al día para gastar.

—Buena idea —sonrió una vez más.

Tomó el vaso, descendió del taburete, y se fue directa hacia la mesa del rincón. El camarero estaba convencido de que la cosa no pasaría de broma, pero se equivocaba. Ella se plantó frente a la mesa, y saludó:

—Hola, ¿qué tal?

El sujeto alzó los ojos, negros, grandes, fríos, penetrantes. Su boca era como un corte en una roca.

—Hola. Bien —contestó.

—Pues me alegro. ¿Está solo?

Apareció un gesto de extrañeza en la expresión del sujeto. La muchacha lo captó perfectamente, y se echó a reír. Algunos parroquianos se volvieron a mirarla y sonrieron. Era una preciosidad.

—¿Qué es lo que le hace gracia? —preguntó él.

—Apuesto a que ha pensado que soy una buscona a la caza de clientela para esta noche.

—Lo he pensado —aceptó él—, pero ha sido un mal momento. Todavía tengo buena vista, sé distinguir al personal.

—O sea, que usted sabe que no soy una prostituta.

—Si lo es me llevaré un chasco. De todos modos, sí, estoy solo.

—Yo también.

—Para que luego digan que no existe la casualidad.

—Oiga, se me ocurre una cosa: ¿qué tal si juntamos nuestras soledades para hacer una confortable compañía?

—Siéntese, si quiere. La invitaría, pero ya veo que está servida.

—Esto es una porquería —dijo ella, sentándose—. He pedido ron combinado, pero no tienen ni idea. Por otra parte, lo que a mí me gusta de verdad no es el ron, sino... ¿Lo adivina?

—El champán —dijo él, divertido—. A ser posible, francés.

—¡Usted sí que es listo! —rió ella—. Me llamo Berenice.

—Yo Marión.

—¿Me invita a champán, Marión?

Este asintió, miró hacia el camarero, que no les había perdido de

vista, y le hizo una seña. El camarero llegó a toda prisa, el tal Marión le pidió una botella de champán francés, encendió otro cigarrillo, y se quedó mirando especulativamente a Berenice.

—¿Y qué? —preguntó—. ¿Cómo van las cosas?

—Ah, muy bien. Gracias.

—¿De veras? Pues no es poco sorprendente, que digamos, en estos tiempos en que todo el mundo tiene problemas. ¿Usted no los tiene?

—Mi único problema diario consiste en arreglármelas para evitar a los imbéciles y a los libidinosos. Me tienen traumatizada.

—No lo creo. Usted no tiene aspecto de tener traumas de ninguna clase.

—Hombre, era un modo de hablar —sonrió ella—. Pero le aseguro que estoy rodeada de imbéciles y libidinosos. Son dos especies muy bien diferenciadas. Por ejemplo, los imbéciles son los que se quedan mirándome embobados y ni se les ocurre que podrían al menos intentar algo para conquistarme y disfrutar conmigo. Los libidinosos son los que me miran con cara de hambre sexual y mentalmente me violan. ¿Capta la diferencia?

—Creo que sí. Y realmente yo catalogaría a ambos entre los imbéciles en general. Pero el primero es menos ofensivo.

—Sí, eso es cierto.

—¿Y en qué categoría de imbéciles me ha catalogado a mí?

—Ah, no, nada de eso... ¡Usted no es imbécil! Me gusta.

—Le gusto. Caray, qué suerte. A lo mejor va a resultar que tomamos unas copas de champán, termino de caerle bien charlando de todo un poco con un mínimo de inteligencia, y luego se viene conmigo.

—No diría yo que eso es un imposible —rió de buena gana Berenice—. En realidad, todo depende de que usted tenga arte y gracia para caerme bien. Y le voy a dar facilidades, para que vea: de entrada usted ya me gusta, así que...

* * *

Marión cerró la puerta del bungalow, y se quedó mirando a la rubia Berenice, que observaba el entorno con cierto aire crítico. Bueno, no había ni para maravillarse ni para poner cara de asco: el bungalow estaba francamente bien, y punto. Y muy bien situado, en Flamingo Drive, a la orilla izquierda del Indian Creek.

No era muy grande, desde luego. En seguida se veía la amplia sala, y las puertas que cerraban cocina, aseo y un dormitorio. Un lugar agradable, sin duda.

—¿Es tuyo? —preguntó Berenice.

—No. De un amigo. Estoy viviendo aquí temporalmente, a la espera de la culminación de unos negocios.

—¿Te dedicas a los negocios? ¿Qué clase de negocios?

—Bueno, digamos... de compra y venta.

—¿Qué compras y qué vendes?

—Espero que no seas del Fisco.

Se echaron a reír los dos, él con cierta prevención, como si le fastidiara que alguien pudiera hacerle reír, o sea, todo lo contrario que ella, que evidentemente disfrutaba riendo. De repente, Berenice le echó los brazos al cuello y lo besó en la boca.

—¿Me creerás si te digo que estoy loca por ti? —susurró.

—No veo por qué has de mentirme, pero me sorprende esa locura que se ha incubado en sólo un par de horas.

—Oh, es que me da la impresión de que hace siglos que nos conocemos. Y a pesar de todo estoy excitadísima, ¿No es chocante?

—Tú sí que eres chocante. Bien..., ¿quieres más champán?

—No. Lo que quiero es que me hagas el amor.

Lo besó en la boca, ahora largamente. Marión la abrazó por la cintura y la atrajo con fuerza, ocasionando un contacto pleno entre ambos cuerpos. Deslizó luego sus manos por la espalda, metió una entre los cabellos de ella buscando la nuca, y la otra la deslizó hacia uno de los magníficos pechos de la rubia Berenice, que resopló por la nariz cálida y graciosamente, sin dejar de besarla.

El beso duró una eternidad, mientras las caricias que intercambiaban iban aumentando en intensidad y cantidad. Berenice apartó por fin su boca, suspiró, y se apartó de Marión. Lo tomó de la mano y tiró de él hacia el dormitorio.

El encendió la luz. Ella se colocó junto a la cama, y procedió a desnudarse. Marión la contemplaba inexpresivamente, pese a que la belleza del cuerpo de Berenice, una vez al descubierto completamente, era de grandioso infarto. Tenía el vello del sexo negrísimo, y sus formas parecían de fantasía. Él se acercó, le puso las manos sobre los senos, y la besó en la boca... Ella le acarició, susurrando:

—¿Qué estamos esperando?

Marión se desvistió también, la abrazó de nuevo, otra vez la besó en la boca. La cosa se iba convirtiendo en una relación volcánica. Ella apartó la boca, rió sofocadamente, y se dejó caer en la cama, arrastrándolo a él encima. Marión maniobró rápidamente para que ambos quedaran bien en la cama, y cuando ella iba a decir algo la penetró. Berenice emitió un gemido, puso los ojos en blanco, y se abrazó a él.

* * *

—Cielos —jadeó Berenice—. ¡Eres una apisonadora, mi amor!

—¿Te he lastimado?

Ella abrió mucho los ojos, y acto seguido se echó a reír.

—¡Qué tontería! —exclamó—. ¡Has hecho precisamente todo lo contrario de lastimarme! ¡Qué barbaridad, debería ser pecado gozar así!

—Quizá sea pecado —casi rió él—. ¿Tengo que llevarte a algún sitio?

—¿Llevarme? No comprendo... ¿Quieres decir que tengo que marcharme ahora? ¿Sin el tercer asalto?

—No se trata de eso. Pensé que querías marcharte, eso es todo.

—Pues no quiero marcharme. ¿Me aceptas como huésped?

Él sonrió un tanto hoscamente, acercó el rostro al seno de ella, y le besó un pezón. Miel pura. Ternura infinita. Ella suspiró..., y justo en aquel momento se oyó un leve ruido fuera del dormitorio.

La reacción de Marión no pudo ser más veloz, sorprendente y violenta. Salió de la cama tan de prisa que se llevó a Berenice colgada del cuello, y no poco sobresaltada. Se desprendió de ella por el rudo procedimiento de aplicarle un puñetazo en el estómago que la derribó sobre la cama, corrió hacia una butaca, metió la mano entre el asiento y el respaldo, y sacó una pistola provista de silenciador.

Berenice, que había gritado de dolor, pareció rebotar en la cama, junto a la cual quedó de pie, pero encogida, mirando con expresión desorbitada a Marión, y jadeando:

—¿Estás... loco? ¡Me has...!

Marión saltó hacia ella, la golpeó con el dorso de la mano en la cara, derribándola girando sobre la cama, y la atrapó allí metiéndole una mano en la nuca, pero ahora no para acariciarla, sino para agarrarla por los cabellos.

En el momento en que los dos hombres aparecían en la puerta del dormitorio Marión arrancaba de la cama a Berenice, tirando de sus cabellos, y la colocaba ante él, metiéndole la pistola en la nuca. Berenice, que había empezado a sollozar fuertemente, quedó muda al ver aparecer a los dos hombres. Estos, a su vez, se quedaron mirándola fríamente, sin que la belleza de la hermosísima Berenice pareciera impresionarles en absoluto.

Uno de los sujetos miró a Marión y gruñó:

—¿Se puede saber qué pasa?

Marión parpadeó. Estaba evidentemente desconcertado. Quedaba un rastro de furia en él, pero el desconcierto predominaba ahora sobre cualquier actitud.

—Pensé que podía pasar algo —gruñó por fin.

—¿Como qué, por ejemplo?

—Por ejemplo, que no confiaras en mí y hubieras utilizado a esta pájara para tenderme una trampa.

El otro hizo un gesto de fastidio rozando la irritación. —Te dije que

te instalaras aquí y que esperarás un par de días una entrevista — mascullo—. ¿Quedamos así o no?

—Sí.

—Pues el memento ha llegado —dijo el otro, señalando al que estaba a su lado—. ¿Quién es la chica?

—Creí que era amiga tuya —refunfuñó Marión—, Me abordó en un bar, y pensé que la habías puesto para vigilarme. Y al oírte entrar tan sigilosamente he creído que tenía que distraerme para que me pillaras desprevenido aquí dentro, con el fin de liquidarme con comodidad.

—Debes estar chiflado —se pasmó el otro—. A esta preciosidad no la he visto nunca antes de ahora.

—Pues yo tampoco.

—¿Y qué hace aquí? —el otro no salía de su pasmo—. Es decir, ya sé lo que está haciendo aquí, pero... ¿de dónde la has sacado?

—Ya te lo he dicho: me abordó en un bar, y se me puso tan simpática y tan fácil que me dije que no podía ser verdad. De modo que me dije: me la envía Lubbock para que me vigile. Y cuando ella dijo de venir aquí a hacer el amor pensé que no hay mal que por bien no venga. Jode de maravilla.

—Pero... ¿quién es? —insistió el pasmado Lubbock.

—¿Que no lo sé, coño! ¿Cuántas veces tengo que explicártelo? Ella me abordó, eso es todo. Se llama Berenice, y para de contar.

Berenice, que iba mirando de uno a otro moviendo sólo los ojos, pues la cabeza seguía casi completamente inmovilizada por la presa que Marión ejercía en sus cabellos gimió:

—¿Quieres hacer el favor... de soltarme..., so bruto...?

Marión la empujó hacia donde habían quedado las ropas de ella, gruñendo:

—Recoge todo eso y entra en el baño a vestirte. ¡Y de prisa!

—¡Escucha, si te crees que...! ¡Bestia! ¡Y eso de amenazarme con una pistola...! ¡Te las vas a cargar, amiguito, ya verás! ¡En cuanto salga de aquí vas a ver tú!

—¿Qué voy a ver? —adelantó agresivamente su ya de por sí agresiva barbilla Marión.

—Nada... ¡Animal!

Agarró sus ropas y se metió en el cuarto de baño.

CAPITULO II

—Es la cosa más idiota que he visto en mi vida —gruñó Lubbock—. Y no te favorece precisamente, Karras. Meterse en líos de faldas estando de por medio la petición de empleo importante...

—No me he metido en ningún lío de faldas —dijo secamente Marión Karras—. Te repito que creí que era una... broma tuya, y por eso seguí el juego. Por lo demás, puedo pasarme sin mujer el tiempo que sea. Me gustan, pero a su debido tiempo.

—Ya. ¿Y por qué se te ocurrió que podía ser cosa mía?

—Me dijiste que esperase aquí un par de días, y ya han pasado cuatro, ¿no es cierto? Me dio mala espina... Se me ocurrió que quizá habías llegado a la conclusión de que además de no interesarte mi colaboración era más conveniente liquidarme que dejarme marchar.

Lubbock parpadeó, y miró al hombre que había llegado con él, y que se había limitado hasta el momento a mirar con suma atención a Marión Karras. Al notar la mirada interrogativa de Lubbock el sujeto silencioso asintió, y fue a sentarse en una butaca del dormitorio, diciendo, sin mirar a Lubbock:

—Ve a asegurarte de que la chica no se escapa.

—Sí, señor —salió Lubbock del dormitorio.

El desconocido esperó a que Marión se hubiera puesto los pantalones para decir

—Me llamo Cari Aldeman. ¿Ha oído hablar de mí?

—No, señor.

—¿Seguro?

—¿Por qué habría de mentirle? —le miró sorprendido Marión.

—Está bien. Veamos, usted llegó a Miami, buscó a Lubbock, y le dijo que llegaba de parte de Jim Bentley, que está en el penal de Leavenworth...

—No dije semejante cosa —gruñó Karras—. Dije que en el penal había oído a Bentley hablar de Lubbock, y como al salir libre yo no estaba precisamente en buena situación me acordé de eso y vine aquí en busca de Lubbock, y tuve la suerte de poder localizarlo.

—Pero usted no es amigo de Jim Bentley.

—Bueno... Éramos compañeros de penal, eso es todo. No se puede decir que fuésemos amigos, pero tampoco éramos enemigos.

—Sí, de acuerdo —sonrió Aldeman—, eso es lo que nos ha dicho

Jim Bentley.

Marión Karras se detuvo bruscamente en sus movimientos terminando de vestirse, y se quedó mirando con fijeza hostil a Aldeman.

—¿Qué? —gruñó.

—Vamos, Karras, ¿qué esperaba? ¿Llegar a Miami, localizar a Lubbock y conseguir que éste le diera un buen trabajo, sin más? Como es lógico nosotros nos hemos interesado cerca de Jim Bentley para saber si le conocía a usted, si era cierto que había estado con él en el penal y todo lo demás. Podemos comunicarnos con Bentley cuando es necesario, y lo hemos hecho. Pero nos ha costado cuatro días..., que son los que usted ha tenido que esperar.

—Entiendo. No confiaban en mí.

—Claro que no. Pero ahora sí confiamos. Si Bentley dice que usted es de confianza es que lo es.

—Ya. ¿Significa eso que van a darme trabajo?

—Es posible. Todo depende de la clase de trabajo que usted sea capaz de hacer... Lo que trato de decirle es que no necesitamos oficinistas ni fontaneros, por ejemplo.

—¿Qué clase de gente necesitan? —sonrió secamente Karras.

—Usted dígame qué es capaz de hacer, y yo veré si encaja en alguna de nuestras necesidades.

—Puedo hacer cualquier cosa. Y cuando digo cualquier cosa quiero decir cualquier cosa.

—Entiendo. Y espero que usted entienda si le digo que precisamente nosotros podemos encargarle que haga cualquier cosa.

—Lo entiendo, desde luego.

—Bien. Bien, bien. ¿De dónde sacó esa pistola?

—Se la pedí prestada a un amigo cuando salí del penal. Uno no puede ir por ahí sin herramientas de trabajo. Sería como si un fontanero fuese a hacer reparaciones sin soplete o taladro, ¿no le parece?

—Claro —sonrió como divertido Aldeman—. Tiene usted buen sentido del humor, así que espero que todo irá bien entre nosotros. ¿Conoce a un hombre llamado Winston Jaynes?

—No. Al menos con ese nombre.

—Inteligente respuesta —Cari Aldeman sacó una fotografía de un bolsillo interior y se la tendió a Marión, que ya había terminado de vestirse—. Este es Winston Jaynes. Dígame si su cara le es familiar.

Marión tomó la fotografía, la miró, y movió negativamente la cabeza, sin el menor titubeo ni pérdida de tiempo.

—Nunca le he visto —aseguró.

—Pues ése es Winston Jaynes. Quiero que lo mate, Karras.

—Muy bien.

—Se le proporcionarán armas, dinero, coche... De todo. No se le vaya a ocurrir utilizar esa pistola, que puede estar controlada.

—No creo —rechazó Marión—, pero me parece bien su precaución... Ya he estado demasiado tiempo entre rejas, y si vuelvo me gustaría que no fuese por una idiotez. ¿Dónde puedo encontrar a Winston Jaynes?

Cari Aldeman recuperó la fotografía, la guardó, y con el mismo gesto retiró de su bolsillo un sobre, que tendió a Marión Karras.

—Dentro encontrará instrucciones suficientes para localizar a Jaynes, así como algunas de sus peculiaridades. Lo que no se indica en esas instrucciones es que no le va a resultar nada fácil eliminarlo.

—¿Por qué?

—No es un hombre al que se pueda llegar fácilmente, ya se convencerá de eso.

Marión Karras entornó los ojos, ladeó la cabeza, y estuvo mirando especulativamente unos segundos a Aldeman. Por fin, de pronto, sonrió.

—De modo que me están endosando el caso difícil, ¿eh?

—Así es —sonrió también Aldeman—. ¿Para qué vamos a engañarnos? Si se trata de eliminar gente corriente, nosotros ya tenemos personal capacitado para ello. Por tanto, es lógico que si contratamos a alguien más le exijamos servicios que nuestro personal ya contratado no puede prestar.

—Claro. ¿Qué es Jaynes?

—Es un hombre muy rico que está molestando a determinadas personas. Nada más.

—¿No es nada político ni cosas parecidas?

—No.

—Eso significa que ustedes forman una sociedad de asesinatos por encargo, sin más complicaciones.

—Exactamente. Es por eso que tenemos personal suficiente para todo..., o para casi todo. Y como nos falta ese «casi» por eso estudiamos la conveniencia de contratar personal nuevo, como usted. Si mata a Jaynes recibirá veinticinco mil dólares y tendrá un puesto fijo en la... Empresa.

—Veinticinco mil dólares no es ninguna fortuna.

—No, pero sí lo es estar contratado por nosotros y recibir un sueldo fijo mensual de cinco mil dólares se trabaje o no.

—Tampoco es para morirse de alegría, pero ya es otra cosa. ¿Cómo se llama la empresa, debo referirme a ella de algún modo especial?

—Ya se lo he dicho: la Empresa.

—Ah... ¿Con mayúscula? Entiendo: la empresa se llama la Empresa. Sí, entiendo. Eso tiene cierto parecido con la CIA, a la que algunos llaman «la compañía».

—Le aseguro que no tenemos nada que ver con la CIA —rió Cari Aldeman.

—Ya, ya. Bien, de acuerdo. ¿Tengo fecha límite para matar a ese Jaynes?

—No... No, no. Pero tampoco nos gustaría que convirtiese eso en el motivo de su vida, que la cuestión se eternizase. Yo creo que si es usted capaz de hacerlo tendrá suficiente con ocho o diez días. Lo demás ya sería... darle vueltas al asunto, lo cual indicaría una cierta impotencia por su parte. Y ya que hablamos de impotencia, recordemos a la muchacha... Lo mejor será que la liquide, Karras.

—Hombre, no —gruñó éste.

—¿Por qué no?

—No veo la necesidad... Hace el amor que es una fiesta, y a fin de cuentas todo lo que podría decir de mí es que le he dado un par de golpes y tengo una pistola. Pero ni eso dirá, pues sé que puedo convencerla. Le diré que ha sido un error, simplemente. Además, quizá me acompañe a buscar a Jaynes. Y siempre está mejor visto un hombre acompañado de una chica bonita que un tipo solitario como yo y con esta cara.

—¿Qué le pasa a su cara? —casi rió Aldeman.

—Bueno, no se puede decir que sea precisamente amistosa.

—No, no lo es —admitió Aldeman—. Pero en cuanto a la chica, no sé. Ni siquiera sabemos quién es y qué puede hacer o dejar de hacer.

—Hemos charlado un poco ella y yo. Es una de esas chicas a las que papá le dejó un montón de dinero y se dedica a gastarlo viviendo alegremente. Y es una solitaria, como yo, no una de esas estúpidas que van en rebaño de un lado a otro del mundo, en yates y jets particulares, buscando cosas «nuevas», y hartándose de joder con unos y otros.

—Tiene carácter, ¿eh?

—Pues sí... Sin exagerar, claro, pero tiene carácter. Digamos que es una mujer con la que no me disgustaría pasar una temporada..., sobre todo si además me ha de ser útil

—Comprendo. ¿Y cuando ya no sea útil y no resulte tan novedosa en la cama?

—Bueno —sonrió Marión Karras—, quizá entonces haya llegado el momento de darle billete de ida.

Cari Aldeman frunció el ceño, y quedó pensativo..., y así estaba cuando Berenice regresó del cuarto de baño, seguida por Lubbock, que sonreía irónicamente, esforzándose en disimular el brillo lúbrico de su mirada.

—Ustedes se las van a cargar —llegó diciendo Berenice—: además de malos tratos están comportándose de modo inmoral, pues este asqueroso se ha dedicado a mirarme mientras yo hacía mis cosas en el

cuarto de baño. No soy una tonta remilgada, pero hay cosas que me gusta hacerlas a solas. Y en cuanto a ti, bestia —miró coléricamente a Marión—, te las cargaras, ya me ocuparé yo de eso... ¡Me has hecho un hematoma horrible en el vientre!

—Bueno —sonrió Karras—, pero como solamente yo te lo voy a ver, y a mí no me disgusta...

—¡Tú no vas a volver a verme ni...!

—Oye, tranquilízate, ¿quieres? —se le acercó Marión—. Todo ha sido un error por mi parte, y créeme que lo siento, pues eres la única mujer con la que me he acostado a gusto y convencido desde hace años y años... Lo siento de verdad, Berenice.

Ella titubeó. Miró a Aldeman, a Lubbock, de nuevo a Karras...

—Pero no tenías por qué pegarme, ni amenazarme con un arma —murmuró.

—Había un malentendido entre nosotros —Karras se señaló a sí mismo y a los otros dos—, y creí que tú formabas parte de una trampa para darme una buena lección. Ellos y yo somos detectives privados, y trabajamos para dos agencias distintas... Estamos detrás de un asunto importante, y vamos un poco quemados todos. Hay mucho dinero y sucesivos contratos importantes de por medio.

—¿Estás hablando en serio? —exclamó por fin Berenice, que le había escuchado como maravillada.

—Claro que sí —Karras se acercó a ella, la atrajo por la nuca, y la besó en la boca—. Vamos, no seas rencorosa. ¿De nuevo amigos?

—Eres muy bruto, ¿sabes? —todavía refunfuñó ella.

—Que sí, mujer, pero me cabreó que una fulana se me hubiera metido en la cama para tomarme el pelo. Me equivoqué, lo siento, te pido perdón y te juro que me vas un horror. ¿De acuerdo?

—Está bien —empezó a sonreír Berenice—. ¿Qué asunto es ése tan importante?

—Precisamente tengo que seguir trabajando en él. Pero, cariño —Marión volvió a besarla en la boca—, no me preguntes tantas cosas. Tú sabes perfectamente que los detectives privados respetamos el secreto profesional.

—Como en el cine —se fastidió ella—. De acuerdo. ¿Qué se supone que debo hacer ahora? ¿Largarme y dejaros solos?

—Se me ha ocurrido que quizá te gustaría acompañarme —sonrió Karras—. Podemos hacer un corto viajecito, pasarlo bien, y al mismo tiempo yo haría mi trabajo. A lo mejor te gustaría ayudarme en pequeñas cosas.

—¿De verdad me dejarías? —abrió mucho los ojos la rubia.

—Claro. Seguro que esto es algo nuevo para ti.

—¡Ya lo creo! ¡Oh, qué emocionante...! ¡Podríamos...!

—Calma, calma. Nada de excitaciones de ese tipo. Y recuerda que el

jefe soy yo —guiñó un ojo Karras—. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —exclamó ella, riendo y saludando a estilo militar. ¡A la orden, jefe!

—Vaya —dijo Aldeman, sonriendo—, parece que todo va a terminar bien, y me alegro. Por lo demás, Karras, lo mejor sería que os marcharais esta misma noche hacia Houston. Allá está el cliente.

—¡A Houston! —casi gritó Berenice—. ¡Eso está en Texas!

—Y además sabe geografía —dijo festivamente Marión Karras—. Yo creo que no se le puede pedir más a una chica, amigos.

—Cuando está tan buena como ésta, no —rió Lubbock, tendiéndole unas llaves—. Nosotros hemos venido en dos coches. El más pequeño de los que hay ahí fuera es para ti. Déjalo en el aeropuerto.

—Bien. Recojo mis cosas en un minuto.

—Pero... ¿nos vamos ahora? —se pasmó Berenice.

—Si hay vuelo, sí —la miró Karras—. Si no hay vuelo nos alojaremos en un hotel del aeropuerto hasta mañana por la mañana. ¿Tienes problemas? Porque si es así no hace falta que me acompañes.

—No te enfades... ¡Claro que quiero acompañarte! ¡No lo he pasado mejor en mi vida! Pero... tendré que pasar por mi apartamento para recoger algunas cosas... ¡No voy a ir así por el mundo!

—¿Por qué no? El mundo está lleno de tiendas con ropas, calzado y todo cuanto puedas desear. Y yo tendré mucho gusto en invitarte a todo —sacó el sobre con las instrucciones, lo abrió, y miró acto seguido irónicamente a Aldeman—. No está el anticipo que mencionó el cliente. ¿Algo va mal?

Lubbock frunció el ceño, pero Aldeman sonrió, sacó un fajo de billetes de un bolsillo, y tendió unos cuantos a Marión Karras. Este se guardó el dinero, metió sus cosas en una pequeña maleta de tela de alfombra, miró a Lubbock, y dijo:

—Gracias por estos días de alojamiento. Ya nos veremos.

—Seguro —gruñó Lubbock.

—Vámonos, Berenice.

—Oh, sí —la muchacha miró a Aldeman y Lubbock—. Adiós. ¡Encantada de haberlos conocido!

—Lo mismo digo —sonrió Aldeman.

Berenice y Marión salieron del bungalow, y al poco se oyó el zumbido del motor de un automóvil al ser puesto en marcha. Lubbock se acercó a una ventana, vio alejarse el coche, y se volvió a mirar a Aldeman.

—¿Salimos ya tras ellos? —propuso. —Tenemos tiempo. La radio que llevan en el coche tiene un alcance de más de diez millas. No hay cuidado. Ahora retira la cámara.

—Lástima que no pensáramos en el dormitorio —refunfuñó Lubbock—. ¡Sería una película de video divertidísima! Pero... ¿a quién se le

iba a ocurrir pensar que haría contacto con una mujer? En todo caso esperábamos un hombre.

—Karras es demasiado listo —movió la cabeza Aldeman—. En todos estos días no ha hecho contacto con nadie, salvo con esa chica..., y la verdad es que la historia es verosímil: la chica le habla en el bar, se la trae aquí, se la tira... Y por lo que hemos estado escuchando él me ha dicho luego la verdad: no se conocían de antes, ni había o hay más relación entre ellos que la puramente de cama.

—Con una tía así ¡cualquiera no se lía! —explotó Lubbock.

En el saloncito desplazó un sillón hacia un ángulo, y retiró la pequeña cámara que estaba allí desde hacía cuatro días, funcionando con mando a distancia y a voluntad de él. No había servido para nada. En cuanto a los micrófonos distribuidos en el bungalow, y que también retiró, no habían servido tampoco de nada, pues Marión Karras no era de los que hablan solos, y con Berenice solamente habían hablado de cosas circunstanciales y de sexo.

Salieron del bungalow siete minutos después de que Marión y Berenice se habían marchado. Cari Aldeman fue quien se puso a los mandos del automóvil grande aparcado cerca del bungalow, mientras Lubbock accionaba la radio que les permitiría escuchar lo que Berenice y Karras hablasen dentro del coche en el que viajaban hacia el Miami International Airport.

—...Emocionante! —oyeron en seguida la voz de Berenice—. De todos modos, lo que me gustaría es poder volar esta misma noche a Houston.

—¿Por qué? Ya es un poco tarde, ¿no te parece?

—¿Qué más da? No hay ni siquiera mil millas de Miami a Houston, de modo que estaríamos allá lo más tarde a medianoche. Podríamos pasar la noche en un hotel de allá, y por la mañana ya podríamos empezar a investigar...

—Después de echar un par de polvos —dijo Karras.

—¡Eso también! —la risa de Berenice resonó, deliciosa, en el interior del coche que conducía Aldeman—. ¡Pero para mí, en estos momentos es más emocionante la investigación!

—Pues sí que me has fastidiado —gruñó Marión.

—Compréndelo... ¡El amor lo he hecho miles de veces, y en cambio no he sido nunca detective privado...!

—Ayudante de detective privado —rezongó Karras—. Y recuerda que el jefe soy yo, de modo que tú sólo harás las pequeñas cosas que yo te iré diciendo, y sin molestar a preguntas. ¿Comprendido?

—¡Esto no es justo! ¡Si somos socios...!

—Nada de socios. ¿De qué demonios estás hablando? Escucha, vamos a dejar las cosas bien claras: yo no tengo socios, yo mando aquí, yo diré lo que se ha de hacer, cómo y cuándo, y tú callarás u

obedecerás. Porque amiguita, una cosa es que te diviertas haciendo de detective porque yo quiero ser simpático contigo y otra cosa sería que me arruinaras el trabajo. ¿Está claro el asunto?

—Tampoco hay para ponerse así —se lamentó Berenice.

—No me pongo de ninguna manera. Mira, encanto, me parece bien que seas una niña de papá que vuela a su aire, y que te diviertas lo mismo dándole gusto al cuerpo que haciendo de detective, o escribiendo un libro sobre la tuberculosis de las ladillas, ¿comprendes? ¡Pero nada de hacer cualquier cosa que pueda fastidiarme un trabajo en el que llevo ya invertidas varias semanas! Okay?

—Okay, okay...

—Este Karras es un tipo duro, ¿eh? —rió Lubbock—. Pero con las mujeres hay que serlo, o cuando te das cuenta te han afeitado el bigote y se lo han puesto ellas. ¿A que sí?

Cari Aldeman encogió los hombros. Era de noche, y no le gustaba mucho charlar mientras conducía, ni siquiera a plena luz del sol. De todos modos, no debía haber problemas para que todos llegasen, unos tras otros, al Miami International Airport.

CAPITULO III

—¿Ves cómo es más practico haber despertado ya en Houston? —rió Berenice.

—Práctico y agradable —admitió Marión Karras—, siempre y cuando no pretendas que nos pasemos el día en la cama.

—¡Eres un exagerado! Solamente son las ocho y media de la mañana.

—Sí, pero llevamos más de una hora despiertos, y anoche, es decir, esta madrugada, era más de la una cuando nos acostamos.

—No iras a decirme que no te ha gustado que te despertara a las siete de la mañana. ¡Hasta hace un minuto tan sólo me parecías el hombre más satisfecho del mundo! Ya sé, ya sé, tampoco se puede decir que yo lo esté pasando mal.

—En cualquier caso —Karras besó a Berenice, tendida en la cama junto a él, desnuda completamente, y le besó un pecho lentamente, provocando estremecimientos en la piel de ella— creo que debemos levantarnos y ponernos a trabajar.

—No se puede decir que estés muy apasionado esta mañana.

—¿Todavía quieres más pasión? ¿No te parece suficiente dos... pasiones?

—Como el refrán dice no hay dos sin tres...

Marión Karras hizo girar a Berenice en la cama, le dio una palmada en las hermosísimas nalgas, y saltó de la cama, directo hacia el cuarto de baño. Ella se fue en seguida tras él, riendo:

—¡Espera! ¡Nos ducharemos juntos...!

Eran cerca de las diez de la mañana cuando, ya duchados, desayunados, y correctamente vestidos de calle, ambos fumaban mientras leían las instrucciones que había contenido el sobre que Karras recibiera en Miami. Y efectivamente, todo estaba muy bien explicado en el sobre, aunque se recomendaba que el «ejecutivo» encargado de terminar la tarea se asegurase bien de los movimientos del «cliente», antes de entrar en acción definitiva.

Había, además, un resguardo para retirar un paquete en la estación de la Texas Railroad, y que no representó ningún misterio para Marión Karras ni Berenice Landers.

—Deben ser las armas —dijo él—, pero tenemos tiempo de recogerlas. Lo primero es asegurarnos de que el cliente es adecuado.

—Eso puedo hacerlo yo fácilmente —dijo Berenice.

—De acuerdo. Yo iré a echarles un vistazo a las armas, a ver si todo está en orden. ¿Nos encontramos aquí a la hora del almuerzo?

—Okay —sonrió ella.

—Pues okay.

Se besaron, recogieron todo, lo guardaron, salieron de la habitación, y un minuto más tarde salían a la calle, donde se volvieron a besar y cada uno de fue por su lado...

—¿Y qué hicieron concreta y exactamente cada uno? —preguntó Cari Aldeman.

—O'Hara siguió a Karras, y yo a la chica —explicó Morris—. Ella se dedicó a pasear durante un rato, y luego entró en unos grandes almacenes en Harrisburg Boulevard, donde estuvo comprando ropa y una serie de cosas normales. Mientras se lo empaquetaban todo entró en los servicios, regresó, se hizo cargo del paquete, pagó y salió. Tomó un taxi y se hizo llevar al hotel, al cual llegó Karras poco después, con O'Hara tras él, claro.

Aldeman asintió, y miró a O'Hara, que proporcionó su informe. Tanto Aldeman como el siniestro Lubbock, que le había acompañado a Texas, escuchaba con sumo interés las explicaciones sobre los movimientos de la pareja compuesta por Marión y Berenice.

—El tipo se fue a la estación —explicó O'Hara—, y se fue a la consigna, donde entregó el resguardo y se hizo cargo del paquete con las armas y los artefactos de explosión. Con todo eso se metió en unos lavabos, y salió cosa de quince minutos más tarde...

—Debió meterse en un retrete a examinar todo el material —murmuró Lubbock.

—Claro —asintió O'Hara—. Bueno, salió quince minutos después, y alquiló un compartimiento para equipajes en la misma estación, metió dentro el material, y se fue al hotel, donde se reunió con la chica. Eso es todo.

—¿Ninguno de los dos hizo contacto con nadie, ni llamó por teléfono, o algo así?

—Como no lo hicieran en los lavabos... —movió la cabeza Morris.

Cari Aldeman quedó pensativo. Por fin murmuró:

—De momento su comportamiento es normal. Vamos a dejarles seguir adelante, a ver hasta dónde llegan y qué se inventan para seguir en este juego.

—Mucho tendrán que inventar para seguir —dijo Lubbock—. O eso, o cargarse a Winston Jaynes. Y no creo que se atrevan a tanto. Y aunque se atreviesen..., ¿cómo podrían conseguirlo?

—No sé por qué —sonrió torcidamente Aldeman— tengo la impresión de que esa pareja puede conseguir toda una serie de cosas poco corrientes de conseguir. Pero bueno, no hace falta que hagamos

más cábalas: vamos a dejarles que sigan en el juego..., aver qué hacen. Es muy simple.

* * *

Con sus treinta y seis pisos de altura el edificio de la Electronic Enterprises, en el centro de Houston, destacaba por su aspecto moderno y hermoso, refulgiendo al sol de aquella espléndida mañana. En la planta veintitrés de este edificio tenía su sede central Winston Jaynes, instalada en unos despachos de superlujo y desde los cuales controlaba muchas empresas y personas. Sin la menor duda el señor Jaynes era un personaje importante y poderoso.

Es decir, todo lo contrario de las personas que aquella mañana accedieron al amplísimo vestíbulo de la planta baja del edificio, poco después de las diez de la mañana. Eran un hombre y una mujer. Ella, una bonita enfermera pelirroja y con lentes, de cuerpo sugestivo, un tanto macizo ya. El, un anciano de blanca barba, gafas de cristales oscuros, aspecto abatido, y, evidentemente, aquejado de alguna enfermedad que le impedía caminar, ya que iba en una silla de ruedas que empujaba la uniformada enfermera.

—¿Algo no va bien? —se interesó.

—No... Bueno, sí. Es que estamos esperando al doctor Shepeard.

—El doctor Shepeard —reflexionó el policía—. No me suena el nombre. Claro que hay tanta gente en este edificio. Pero ustedes deben saber en qué piso tiene su consultorio.

—No, no. Él no tiene consultorio aquí. Verá, el señor Craftston —la enfermera señaló al inválido— está en tratamiento hace tiempo con el doctor Shepeard, pero la cosa no va demasiado bien. Así que el doctor Shepeard decidió venir a visitar a un colega que sí tiene consultorio en este edificio, además de unas instalaciones de cobalto y láser que podrían ser las adecuadas, porque...

—Ya, ya —se vio desbordado el policía de uniforme—, o sea, que están esperando a su médico para que los lleve a un especialista y todo eso.

—Sí, señor. Pero quedamos a las diez, y nos extraña que el doctor Shepeard no esté aquí esperándonos.

El policía miró uno de los relojes digitales del vestíbulo. Eren las diez y siete minutos.

—Bueno —dijo amablemente—, a veces el tráfico juega estas malas pasadas. Seguramente el doctor Shepeard no tardará en llegar... Mientras tanto creo que estarían mejor allá —señaló un lado del vestíbulo— que aquí en medio. A veces la gente pasa por aquí como enloquecida.

—Sí... Sí, gracias.

—Si necesitan algo llámenme —sonrió el policía.

—Gracias, gracias...

El policía se alejó, mientras hacían lo mismo la enfermera y el inválido hacia el lugar que se les había sugerido, aunque no se quedaron exactamente allí, sino en otro lugar un poco más adecuado para ver perfectamente las tres entradas al vestíbulo del edificio. «Lógico —pensó el policía—: si están esperando a ese médico bien querrán verlo entrar...»

Por supuesto había más policías en el vestíbulo, y en todo el edificio, aparte de guardias de seguridad particular, pues en el Electronic Enterprises Building no se hallaban ubicadas solamente las oficinas centrales de esta compañía, sino las de otras empresas, como bancos, compañías de seguros, una editorial, una joyería, y multitud de instalaciones de toda clase de negocios, todos ellos de alto nivel, naturalmente. Cinco ascensores, en el fondo del vestíbulo frente a las entradas, funcionaban ininterrumpidamente desde las nueve de la mañana a las cinco y cuarto de la tarde. El edificio era como un enorme panal siempre en actividad...

A este edificio, y según costumbre, llegó Winston Jaynes a las diez y media en punto de la mañana, acompañado de sus tres «secretarios», es decir, de sus guardaespaldas, tres sujetos altos, atléticos, atractivos, muy bien vestidos, y que portaban portafolios, su aspecto y sus modales correspondían a los de unos clásicos ejecutivos de importancia, y posiblemente ninguna de las personas con las que se cruzaban pensarían otra cosa de ellos.

La estrategia de Winston Jaynes y sus acompañantes era siempre la misma, pues había sido estudiada y daba buenos resultados. Llegaban los cinco en el coche «Continental» de Jaynes (había que contar el chófer, que tras desembarcar a sus cuatro pasajeros se alejaba con el coche), éste y sus tres guardaespaldas se apeaban, entraba uno de ellos en el edificio, y de un vistazo se hacía cargo de la situación, pendiente de alguna anomalía que pudiera resultar inquietante.

Nunca sucedía nada.

Pero, además, la rutina era ya tan acusada que la vigilancia, por fuerza, se relajaba. Esto aparte, dos de los guardias de servicios privados que había en el vestíbulo esperaban siempre la llegada de Jaynes y sus acompañantes, asimismo atentos. Cuando el guardaespaldas adelantado entraba en el vestíbulo y los miraba, ellos permanecían impasibles..., lo cual quería decir que no había cuidado, que todo estaba en orden, perfectamente normal.

Entonces, el guardaespaldas simplemente volvía la cabeza, y el señor Jaynes y otros dos terminaban de entrar en el edificio, cruzaban el vestíbulo, y se dirigían directos hacia el ascensor número uno, que era el que transportaba a los pasajeros directamente a las oficinas de

dirección de las empresas más importantes ubicadas en los diferentes pisos... El señor Jaynes se metía en ese ascensor, y ya no había nada que temer, pues el resto del trayecto estaba protegido por unos sistemas de seguridad que comenzaba por el ascensor y terminaban por los sistemas de alarma y avisos directos a empleados de vigilancia y policía en general.

Y todo esto no se había instalado pensando exclusivamente en el señor Jaynes, ni mucho menos, sino en los negocios que había en el edificio, al que habían provisto de todo los sistemas de seguridad. Por esto el señor Jaynes se había instalado en él.

El policía que había interpelado a la enfermera pelirroja fue el único que se dio cuenta de que ocurría «algo diferente». Ni siquiera se enteró muy bien. De cuando en cuando miraba a la enfermera y al inválido, recordando que llevaban allá un buen rato esperando al tal doctor Sheppard, pero sin conceder mayor importancia al asunto.

Fue en una de esas miradas a la especial pareja cuando captó algo extraño, que lo dejó desconcertado un par de segundos: el anciano barbudo, el inválido, metió la mano derecha bajo el periódico doblado que había dejado sobre sus rodillas, y con la mano izquierda lo alzó un poco, y pareció sostenerlo un instante ante él, como sopesándolo.

El policía ni siquiera vio fogonazo alguno. Sólo vio, eso sí, cómo el periódico se agitaba en poco. En seguida, oyó un grito, y a continuación más gritos de toda clase y rumor de pies, ambiente de pánico... Al reaccionar, su mirada se desplazó, y todavía pudo ver al señor Winston Jaynes cayendo girando al suelo.

Fue una visión que nunca olvidaría.

Winston Jaynes caía girando, y alrededor de su cabeza se dispersaban pequeños corpúsculos rojos que brotaban de su cabeza fuertemente impulsados. En cierto momento del giro el policía pudo ver de frente y perfectamente el rostro de Jaynes, y vio sus ojos desorbitados, su mueca de muerte, su cabeza que estallaba por la sien izquierda debido al balazo...

Todo esto en dos segundos escasos, y como a cámara lenta. Fue una sensación extraña, como si el tiempo transcurriera más lentamente para que él pudiera verlo todo muy bien.

Y en seguida, los gritos de advertencia, los alaridos de pánico, gente corriendo de un lado a otro, los acompañantes del señor Jaynes sacando sus pistolas del respectivo portafolios... Por supuesto, apenas iniciado el tumulto todas las puertas del edificio fueron cerradas a la vez y electrónicamente desde el control central de vigilancia del edificio, cuya reacción a la menor señal de alarma era fulminante. Puertas inexpugnables, incluso las de aparente cristal que daban a la calle y permitían ver ésta perfectamente.

Cuando el policía miró hacia donde había visto por última vez al

anciano inválido y su enfermera, los vio de espaldas. Ella corría, empujando el carrito, que en aquel momento impactaba con una puerta que daba a uno de los pasillos de servicio, la puerta se abrió, y el coche rodante, el inválido y la enfermera desaparecieron del vestíbulo...

—¡Por allí! —se oyó a sí mismo gritando el policía.

Y echó a correr en pos de enfermera e inválido.

Estos se habían tropezado en el pasillo con otro policía, que acudía hacia el vestíbulo al captar el jaleo que allí se había organizado. Y este policía, que intentó sortear el coche del inválido, se llevó el pasmo de su vida al ver cómo el anciano se ponía de repente en pie ante él, y, sin más consideraciones, le disparaba el puño a la cara.

Fue un impacto tremendo, sin remisión. El policía recibió el trastazo en la barbilla, vio un millón de estrellas mientras le parecía que un trueno retumbaba al mismo tiempo dentro de su cabeza, y ya no se enteró de más, porque cuando salió disparado hacia atrás con los pies hacia el techo estaba sin sentido.

La enfermera corrió hacia este policía, se dejó caer de rodillas junto a él, y sacando una botella de plástico la volcó sobre el desvanecido agente, de la botella cayó un líquido rojo en abundancia, manchando el rostro y el pecho del policía. Mientras tanto, el «inválido» había abierto uno de los montacargas, y había empujado dentro el carrito.

En el momento en que se disponía a quitarse la barba aparecía en el pasillo el amable policía del vestíbulo, que lo vio, se quedó pasmado sin saber qué hacer..., y recibió en los testículos un patadón que lo fulminó a los pies del anciano. Este agarró al policía cuando caía desvanecido, lo empujó dentro del montacargas de cualquier manera, y entonces sí, se quitó la barba y el holgado gabán, dejando al descubierto su indumentaria camuflada hasta entonces, un uniforme de agente de la policía, de debajo de cuya chaqueta sacó la gorra y se la puso.

La enfermera corría ya hacia el montacargas quitándose el blanco uniforme, y dejando también al descubierto el de agente de la policía, que tiró dentro del montacargas..., junto con la peluca pelirroja y los lentes. El ex anciano cerró el montacargas y pulsó el botón del piso más alto, señalando acto seguido al policía tendido en el suelo y profusamente manchado de salsa de tomate.

Corrieron los dos hacia él, y se disponían a agarrarlo ella por los pies y él por las axilas cuando la puerta del pasillo se abrió de nuevo, violentamente, y aparecieron dos policías más y dos de los guardaespaldas de Winston Jaynes, éstos tan pálidos o más que su recién fallecido jefe...

—¡El montacargas! —gritó la rubia agente de policía—. ¡El anciano y la enfermera! ¡Están subiendo con el montacargas! ¡Han herido a

Mac!

Los dos guardaespaldas conferenciaron velozmente entre ellos, y uno se metió en otro montacargas y el otro regresó a toda prisa al vestíbulo, sin duda para utilizar uno de los ascensores y subir más de prisa hasta el último piso... Los dos policías hicieron intención de acercarse al «herido», pero el ex anciano señaló el montacargas.

—¡Id con él! ¡Nosotros sacaremos al herido para que lo recoja una ambulancia! ¡Y cuidado, están armados, no os confiéis!

Los dos policías corrieron al montacargas con el guardaespaldas, y éste maniobró impulsando la cabina hacia arriba.

—Son como niños —dijo la rubia agente de policía.

—Calla y larguémonos.

Alzaron entre los dos al policía, y salieron cargados con él al vestíbulo, donde todavía reinaba el caos y se veía, prácticamente en el centro, al tercer guardaespaldas, arrodillado junto al cadáver de Jaynes y pistola en mano. Ganas de perder el tiempo.

Tres policías corrieron hacia sus «compañeros» cargados con el «herido», dispuestos a ayudar, naturalmente, pero fueron rechazados airadamente:

—¡Que abran esas puertas! —gritó el ex anciano—. ¡Tenemos que sacarlo para que lo recoja la ambulancia! ¡Vamos, vamos...! ¡Ya nos encargamos nosotros de él!

Uno de los policías le gritó algo a uno de los guardias del edificio, éste llamó rápidamente por el intercomunicador de los servicios de seguridad, y las puertas de cristal fueron desbloqueadas tres o cuatro segundos, sólo el tiempo suficiente para que Marión Karras y Berenice Landers, cargando con el policía empapado en salsa de tomate, salieran a la calle. Aquí, otros dos policías se apresuraron a acercarse a ellos, tensa la expresión, nerviosos...

—Haceros cargo de él —dijo Karras—. ¡Nosotros vamos a la parte de atrás del edificio! ¡Y no lo mováis hasta que llegue la ambulancia!

—Sí, de acuerdo...

El policía alto y con cara de mala uva, y la agente rubia, preciosa, de grandes ojos azules, simplemente desaparecieron del escenario del crimen...

El periódico cayó sobre el sofá junto a Cari Aldeman, el cual lo tomó despaciosamente, miró los titulares en los que se anunciaba la muerte del magnate Winston Jaynes, asesinado aquella misma mañana en el Electronic Enterprises Building, y luego miró a Lubbock, que era quien le había traído el periódico a la «suite» que ocupaba en el Amarillo Hotel.

—Puede ser un truco —murmuró.

—No —negó como de mala gana Lubbock—, nada de eso. Me he enterado bien: el cadáver de Jaynes está en la Morgue. No hay truco.

Está muerto. Ese Karras le metió una bala en la sien disparando de cualquier manera desde una distancia superior a los veinte metros.

—O sea, que lo han hecho realmente —no salía de su incredulidad y desconcierto Cari Aldeman.

—Lo han hecho. Jaynes está muerto.

—Bien... Entonces quizá estábamos equivocados con ellos...

—Según nuestros informes no podemos estar equivocados —dijo Lubbock—. Sería absurdo.

—Pues más absurdo es que si nos están engañando se hayan cargado a un personaje como Winston Jaynes. No lo entiendo.

—Ellos sabrán sus cosas —encogió los hombros Lubbock—, pero si a nosotros nos llegó el informe de que tengamos cuidado con ellos es que debemos tener cuidado con ellos. De un modo u otro nos están engañando.

Cari Aldeman estuvo pensativo más de un minuto, entre perplejo e irritado, por fin miró el teléfono, y murmuró:

—Voy a llamar al subdirector de la empresa, a ver qué decide él. Mientras tanto, asegúrate de que Morris y O'Hara no pierden de vista a Karras y la chica. Quiero que estén cerca de ellos en todo momento, por si fuera necesario recogerlos en un coche y llevarle a un lugar seguro donde poder conversar tranquilamente con ellos.

CAPITULO IV

El automóvil se detuvo delante mismo del pequeño chalé ubicado en una zona residencial alejada unos cuarenta kilómetros de Houston, y se apearon Marión, Berenice, y los mosqueados O'Hara y Morris, que desde que abordaron a la pareja y les indicaron que debían ir con ellos a ver al señor Aldeman habían tenido la molesta impresión de que se les estaban pitorreando.

—¡Qué sitio más bonito! —exclamó la rubísima Berenice, ¡Si hasta hay flores y todo...!

Morris y O'Hara le dirigieron una torva mirada, pero encajaron la guasa evidente. O'Hara señaló hacia el chalé, en efecto rodeado de un pequeño pero agradable jardín. Los cuatro fueron hacia el porche, la puerta se abrió antes de que llegaran, dejando visible a Lubbock.

—¿Algún problema? —preguntó éste, mirando a Morris y O'Hara.

—Ninguno, salvo las guasitas —gruñó Morris—, Son muy graciosos los dos. Sobre todo, ella, que le encuentra gracia a todo.

Berenice Landers se limitó a sonreír encantadoramente. Entraron en la casa, y Lubbock señaló hacia la puerta, cuyo umbral cruzaron, encontrándose entonces en el saloncito. Allí, en un sillón, vaso de whisky en la mano, estaba Cari Aldeman, que alzó el vaso y dijo, sonriente:

—Buen trabajo. Felicidades.

—¿Y el dinero? —preguntó Marión Karras.

Aldeman se quedó mirándole amablemente. Luego, con un gesto de la barbilla, indicó el sofá, esperó a que los recién llegados lo ocuparan, uno junto a otro, y dijo:

—Una cosa que me sorprende mucho, Karras, es que una señorita como ella —indicó con la barbilla a Berenice ahora— se haya metido en esto. Porque está claro que fue ella quien le ayudó.

—Por supuesto.

—¿Cómo explicaría eso? Conoce a una mujer en Miami, ella es una chica hija de papá, o sea, que le sale el dinero por las orejas..., y sin más se une a un asesino profesional y, en efecto, colabora en el asesinato de una persona... ¿Cómo explicaría esto usted misma, señorita...?

—Landers. Creí que ya lo sabía: Berenice Landers.

—Sí, nos interesamos un poco por los Landers de Miami, y tuvimos

una información rápida y corriente que nos pareció suficiente. Pero no nos parece... normal que una chica como usted se mezcle en un asesinato. ¿Por qué lo ha hecho?

—Me he divertido —sonrió ella—. ¡Ha sido muy emocionante!

—Emocionante —repitió Aldeman—. Ya. Bueno, vamos a esperar todos a un amigo que no puede tardar en llegar, y tomaremos decisiones después de haber hablado con él. ¿Quieren beber algo?

—Yo bebería champán —dijo Berenice.

—Me temo que sólo tenemos whisky.

—Pues whisky.

—De acuerdo. ¿Y usted, Karras?

—Me da lo mismo.

Aldeman se puso en pie, y sirvió bebidas para los dos asesinos, entregando acto seguido un vaso a cada uno. Lubbock, O'Hara y Morris permanecían sumidos en sombrío silencio, sin perder de vista a Marión Karras. Cari Aldeman, evidentemente, era el más amable allí, el que tenía más clase... Demasiada para andar metido en asesinatos por encargo.

—Hemos leído en los periódicos diferentes versiones sobre cómo mataron a Jaynes —dijo Aldeman—, pero nos gustaría saber la verdad. Al menos me gustaría saberla a mí, y creo que nadie mejor que usted para contarla... Así hacemos tiempo esperando a nuestro amigo. Supongo que la idea para el asesinato partió de usted, Karras...

* * *

El amigo que estaban esperando llegó casi una hora después de que hubieran llegado Marión y Berenice. Todos oyeron la llegada de un automóvil gracias al silencio que reinaba en la tranquila zona residencial, pero, además, en seguida, el claxon del vehículo sonó en breve señal evidentemente convenida.

Cari Aldeman se puso en pie.

—Permanezcan en este salón —dijo.

—¿Significa eso que no vamos a conocer a su amigo? —preguntó Marión Karras.

—Exactamente. Al menos, por ahora.

Salió del salón, y al poco oyeron batir la puerta de la casa, y unos pasos dentro de ésta. Un hombre apareció en la puerta del salón, encogió los hombros, y desapareció, diciendo:

—Busco el lavabo.

Morris salió tras él, y ambos se adentraron en la casa. Apenas tres minutos más tarde Morris regresó al salón, batió de nuevo la puerta de la casa. Marión encendió dos cigarrillos, y le pasó uno a Berenice, que lo aceptó sonriente, fumó, y miró su relojito de pulsera.

Cari Aldeman estuvo afuera unos diez minutos apenas. Oyeron el motor del automóvil de antes, al ser puesto en marcha, y por pocos segundos le oyeron alejarse. Estaba claro que la conferencia dentro del automóvil desconocido, entre su propietario y Aldeman, había terminado, y éste apareció al poco en el salón, y fue a sentarse al mismo sitio que antes, contemplando con expectación por todos los presentes excepto Karras. Aldeman bebió un sorbo de whisky, encendió un cigarrillo, y luego sacó una fotografía de un bolsillo y la tendió a Marión Karras en silencio. Karras también la tomó en silencio, y la minó. Era un plano muy cercano de una mujer: una chica joven, rubia, muy bonita.

—¿Quién es? —preguntó.

—Berenice Landers —sonrió amablemente Cari Aldeman—. Quiero decir, claro, la verdadera Berenice Landers. Así que me pregunto —su mirada se desplazó hacia Berenice—: ¿quién es usted?

Berenice se quedó mirando a Aldeman fijamente unos segundos. Luego sonrió, y eso fue todo. Lubbock había sacado su pistola, y apuntaba a Karras, siendo inmediatamente imitado por O'Hara y Morris. Aldeman miraba de uno a otro de sus «invitados», que a su vez le miraban ahora a él en silencio.

—Veamos —murmuró Aldeman—. Como es natural, nosotros no nos creemos el primer cuento que nos explican, así que cuando llegó usted con el suyo pusimos en marcha nuestro mecanismo de comprobación. Tal mecanismo funcionó indicando que, en efecto, un tal Marión Karras había estado en el penal donde todavía está James Bentley, así que la historia podía ser cierta: usted había oído a Bentley hablar de Lubbock, y cuando salió del penal se fue a Miami en busca del modo de ganar unos dólares. Perfecto..., si no hubiera sido porque quisimos asegurarnos bien y conseguimos hacerle llegar a Bentley la petición de que nos informase sobre usted. La respuesta de Bentley nos llegó, también por conductos retorcidos, y decía que. sí, que el tal Karras había estado allí hacía tiempo, pero que él, Bentley, no creía haberle hablado a él ni a ningún otro dentro del penal de Lubbock. Admitía como muy remota esa posibilidad. De modo que nos dejó en una cierta duda...

—Para solventar la cual me encargaron el asesinato de Jaynes —dijo fríamente Karras—. Si yo era lo que decía mataría a Jaynes.

—Sí. Y tal vez ahora estaríamos convencidos de que usted no nos había mentado si no fuera por la señorita Landers..., que no es la señorita Landers, sino alguien que ha ocupado su lugar. Y si la señorita Landers que tenemos aquí con nosotros es falsa, me atrevo a pensar que usted también es falso. Resumiendo: usted tomó la personalidad de Marión Karras y ella la personalidad de Berenice Landers, y está claro que detrás de ustedes hay alguien muy poderoso

que ha podido manipular a los Landers y a la dirección de la penitenciaría en el sentido de... avalar las personalidades de ambos. Pero nosotros también tenemos nuestros propios recursos, y esta fotografía lo demuestra. Así pues, no son ustedes quienes dicen ser. ¿Correcto? Y de aquí se derivan dos preguntas. Una: ¿quiénes son realmente ustedes? Dos: si no fue Jim Bentley quien le habló a usted de Lubbock..., ¿quién fue y qué le dijo, Karras?

—Respuesta a la primera pregunta —dijo Berenice—: yo soy Alice Westmoreland, y él es Elvis North, ambos agentes de la WWW, es decir, la Watch Wide Worlds, o Vigilancia Universal.

Lubbock, Morris y O'Hara estaban estupefactos. Aldeman se limitó a parpadear.

—¿Y la respuesta a la segunda pregunta? —inquirió.

—La dirección de la Vigilancia Universal recibió una llamada de un hombre llamado Aldo Tillis que pedía cien mil dólares por una información, pero dijo que sólo haría aclaraciones cuando tuviera el dinero, y que todo lo que podía decir por el momento era que sabía de buena tinta que se estaba tramando algo en el Pentágono...

Alice Westmoreland dejó de hablar, pues, igual que Elvis North, se dio cuenta de la impresión que sus palabras habían causado en Lubbock. Este apenas pudo contener una exclamación, mientras miraba a Aldeman, que a su vez lo miró y dijo:

—¿Te das cuenta? Ya te dijimos que Tillis estaba raro, y que por eso lo habíamos sometido a vigilancia, y finalmente había decidido eliminarlo precisamente porque nos temíamos una traición o delación por su parte. Y ya lo ves: iba a vendernos a la Vigilancia Universal por cien mil dólares. Y aunque lo eliminamos está claro que no lo hicimos a tiempo, pues ya les había hablado del Pentágono para convencerles de que la cosa era importante.

—Pero no dijo qué cosa —intervino Alice Westmoreland—. ¿Qué va a ocurrir en el Pentágono, señor Aldeman?

—Tal vez conteste a su pregunta —sonrió el interpelado—, pero antes me gustaría saber, insisto, por qué Karras se acercó a Lubbock.

—Naturalmente, Tillis fue investigado, y así la Vigilancia Universal supo que había hecho algunas tonterías de poca monta..., y que en un par de ocasiones se había relacionado con un tal Ernest Lubbock y todavía más veces con Jim Bentley. Así que Bentley y Lubbock fueron rastreados y localizados al mismo tiempo que asimismo se buscaban sus fichas policiales, que informaron que entre ellos también había habido relaciones profesionales para pequeñas tonterías, pero, sobre todo, que habían estado juntos en los marines. Así pues, debían ser bastante buenos amigos Lubbock y Bentley. A este no se le iba a poder sacar nada, ya que estaba en la cárcel y nada debía saber de lo que se tramaba fuera, pero quedaba Lubbock. La Vigilancia Universal le

endosó a Elvis la personalidad del tal Marión Karras y lo enviaron a contactar con Lubbock con el cuento chino bien montado.

—Ya —asintió Aldeman, mirando afablemente a la rubia—. Entiendo. Y ustedes dos, para poder estar juntos en esto, apoyándose el uno al otro, se inventaron todo el lío de conocerse en un bar y todo eso..., y como son tan listos, y presumieron que podíamos desconfiar de Karras hasta el punto de vigilarlo directamente y por procedimientos más sofisticados, tanto en el bungalow como fuera de éste, actuaban en todo momento cornos si realmente fueran dos desconocidos.

—Así es —sonrió de nuevo Alice Westmoreland—. Solemos hacerlo con frecuencia, porque nos divierte. Nosotros pensamos que un espía debe ser un buen comediante, y siempre para apoyarnos uno al otro, señor Aldeman, sino porque nos gusta estar juntos. Así de simple.

—Lo comprendo. Bien, para resumir, diremos que ustedes se han metido en esto con el fin de intentar averiguar lo que Tillis sabía y quería decirles sobre el Pentágono a cambio de cien mil dólares. ¿Es así?

—Claro. Comprenderá usted que la WWW se interese por algo que pueda afectar al Pentágono. Señor Aldeman: ¿por qué no es usted amable y nos dice qué se está tramando en el Pentágono? —¿Y por qué no son amables ustedes y nos dicen qué coño es eso de la WWW exactamente? —gruñó O'Hara.

—La WWW —se mostró amable Alice— es un organismo dedicado a vigilar que no prosperen situaciones o planes de cualquier clase que puedan dar lugar a acontecimientos desagradables o desestabilizadores en el mundo. En cuanto se entera de que algo provocador o peligroso de algún modo se está fraguando moviliza a su personal para desbaratar la jugada.

—Tonterías —dijo Morris—. Ustedes son de la CIA, eso es todo.

—Si fueran de la CIA lo habríamos sabido —dijo Lubbock.

Se calló bruscamente, mirando como alarmado a Aldeman, que le dirigió una mirada gélida, y luego miró al falso Marión Karras.

—¿Dónde dejó su pistola, Karras?

—La llevo en la maleta, y ésta está en el coche.

—Espléndido. Y usted no lleva armas, ¿verdad, señorita Landers?

—Westmoreland —corrigió Alice—. No, no llevo armas... en este momento, se entiende.

—¿La habéis registrado? —preguntó Aldeman.

—No. Ni a él. Pero se ve que no llevan armas, señor Aldeman.

Este miró a O'Hara, que era quien había hablado, y encogió los hombros. Dio unos pasos hacia la puerta del salón, y se volvió, como quien de pronto recuerda algo.

—Se me olvidaba —murmuró—. Lo de la muerte de Jaynes ha sido

real, es decir, que ustedes han cometido un asesinato. ¿Correcto?

—Claro que sí —aceptó Alice Westmoreland.

—¿Y todo ello para introducirse en la Empresa, para saber qué quería decirles Aldo Tillis sobre el Pentágono? ¿Han asesinado a un hombre para eso?

—Usted sabe perfectamente que Winston Jaynes era un canalla —dijo secamente Elvis North—. Nosotros no lo sabíamos, pero pedimos informes sin que ustedes se enterasen, pues no son muy listos, y nos dijeron que Jaynes era un canalla manipulador de vidas y dineros que no provocaría una sola lágrima con su muerte, sino todo lo contrario, de modo que Alice y yo decidimos hacerle un bien a la humanidad y al mismo tiempo convencerles a ustedes de que podíamos serles útiles.

—Y una cosa nos tenía y nos tiene sorprendidos —dijo Alice—: si Winston Jaynes era un canalla, y ustedes deseaban su muerte... ¿hemos de pensar que ustedes no son unos canallas? ¿O es que son tan canallas como él pero que a la Empresa le convenía su muerte por... cuestiones internas?

Cari Aldeman movió la cabeza, y continuó caminando hacia la puerta. Se volvió allí, mirando a Lubbock.

—Cuando terminéis ven conmigo. Lo arreglaremos todo para que desaparezcas de Estados Unidos una larga temporada, pues no conviene que la... Vigilancia Universal envíe a alguien a suceder al señor Karras.

—De acuerdo —asintió Lubbock.

—Adiós, señor Karras —le miró Aldeman—. Adiós, señorita Westmoreland. Y gracias por hacernos el trabajo de liquidar a Jaynes... ¡De verdad que era una pieza difícil!

Cari Aldeman desapareció. Se oyó el golpe de la puerta de la casa al ser cerrada.

—Lástima que tengas que marcharte tan de prisa, Lubbock —rió Morris.

—¿Por qué?

—Porque nos vamos a divertir con la chica después de liquidar a Karras, y seguro que te habría gustado tomar parte en el juego.

—Dejaros de tonterías. El señor Aldeman ha salido a esperarme porque no le gustan estas cosas, y menos todavía lo que estáis tramando. Así que terminemos de una vez y larguémonos de aquí.

—Francamente —dijo Alice Westmoreland—, yo preferiría que me violasen, Lubbock. Morir es lo último. Y puedo asegurarles que se pierden algo bueno. No creo que en toda su vida encuentre una mujer más apetitosa que yo. Fíjese qué piernas...

Alice comenzó a subirse la falda, mientras Lubbock fruncía el ceño y O'Hara y Morris, lúbricamente risueños, miraban las piernas femeninas que iban quedando al descubierto...

Y así fue como cometieron dos errores. Uno, dejar de vigilar con toda su atención a Elvis North, que no era precisamente un corderito. Dos, no sospechar, ni remotamente, que Alice pudiera llevar un arma donde la llevaba. Pero la llevaba. Adherida al muslo izquierdo por medio de una tira de esparadrapo, la llevaba. Una pequeña pistola, que Alice despegó y empuñó velozmente, y con la que disparó antes de que tuvieran tiempo tan siquiera de comprender lo que sucedía.

Plof, chascó la pistolita.

Lubbock, que estaba reaccionando con fuerte respingo, todavía respingó más al recibir la bala en el centro de la frente. Su cabeza apenas se movió, pero la bala se alojó en el cerebro, matándolo en el acto y comenzando a arrugarse lentamente...

Mientras tanto, por supuesto, ya nadie permanecía quieto dentro de la casa: Alice se dejaba caer de rodillas y disparaba ahora contra Morris, que recibió y disparó contra Alice, que se tiraba ahora de costado al suelo y volvía a disparar...

Tres cosas sucedieron simultáneamente: la bala disparada por Morris rebotó en el suelo y fue a destrozar un cristal de la ventana, la bala disparada por Alice reventó un ojo de Morris y lo tiró de espaldas salpicando sangre y ya muerto, y Elvis North alcanzaba de un puntapié en los testículos a O'Hara en el momento en que éste se disponía a disparar cómodamente contra la preciosa rubia.

El que reaccionó más espectacularmente fue O'Hara, que dio un salto increíble, soltando la pistolita y llevándose las manos al bajo vientre. El salto terminó con una caída de rodillas al suelo, donde O'Hara rebotó de mala manera, livido y mudo de dolor, y cayó de costado. Sus desorbitados ojos vieron entonces a su alcance la pistola de Morris, y alargó una mano hacia ella, la empuñó, y, como entre brumas, vio a Alice Westmoreland.

Plof, disparó de nuevo ésta.

O'Hara dejó de sufrir. Para siempre.

Afuera se oía ahora el rugir de un motor y el rechinar de grava bajo los neumáticos de un coche.

—¡Se escapa Aldeman! —exclamó Alice.

Elvis recogió la pistola de Lubbock y saltó disparando del salón, llevando detrás a Alice. Cuando ambos salieron de la casa vieron el coche de Aldeman alejándose. Sin pensárselo ni un segundo corrieron ambos hacia el coche en el que habían llegado antes ellos con Lubbock y los otros dos, se metieron dentro, y Elvis lanzó una exclamación de alegría al ver las llaves puestas. Dio el encendido, arrancó, y el coche pareció arrastrarse.

—Oh, no — protestó Alice Westmoreland.

Elvis movió la cabeza, apagó el motor, y salió del coche. Alice hizo lo mismo, y ambos comprobaron que las dos ruedas delanteras habían

sido desinfladas de sendos balazos.

—Pues la hemos hecho buena —refunfuñó Elvis North—, porque puedes estar segura de que ese tipo, que sabemos que no se llama Aldeman, no será fácil de localizar a partir de ahora, ya que él sabe que hemos ganado la partida a sus matones y que le conocemos... ¡si al menos hubiera quedado vivo alguno de esos tres de ahí dentro!

—No —le quitó toda esperanza Alice—. Los tres han muerto. Y se lo merecían. Eran gente de esa que nosotros liquidamos sin reparo alguno, mi amor.

—Sí —asintió él—, pero nos hemos quedado sin pista alguna utilizable. El importante era Aldeman, y a ese no lo vamos a encontrar ni buscándolo con detector de granujas.

—Sí, seguramente se esconderá, del mismo modo que había pensado esconder a Lubbock. Y aunque debe ser alguien un poquitín importante en alguna parte no creo que lo sea tanto como para que se le pudiera localizar utilizando un retrato robot que nosotros dictaríamos.

—Pero se puede probar.

—¿Para qué? —sonrió Alice—. Tenemos una pista mucho mejor, mi amor.

—¿Qué pista? —se sorprendió Elvis North.

—Adivínala. Oh, vamos, no irás a decepcionarme, ¿verdad? Tenemos una pista: ¿cuál puede ser?

El falso Marión Karras entornó los párpados, estuvo así tres segundos, y por fin murmuró:

—¿El hombre que entró en la casa a orinar?

—Ajá. El chófer del amigo de Aldeman que no entró en la casa.

—¿Cómo sabes que el hombre que entró a orinar era chófer del otro?

—Bueno, sé que es chófer, porque lo he visto trabajar de chófer. Lo que no recuerdo es al servicio de quién, pero sí recuerdo perfectamente dónde le he visto una sola vez.

—¿Dónde?

—En la Casa Blanca.

CAPITULO V

Se llamaba Guy Crossman, tenía cuarenta y dos años, se había casado hacía siete con una preciosa muchacha de apenas veinticinco, alta, rubia y un poco jamona, y ahora ambos tenían una niña de cinco años sencillamente encantadora. Vivían en un pequeño apartamento en Washington, pero estaban haciendo planes para trasladarse antes de un año a una linda casita suburbial con jardín y hasta con una pequeña piscina. Milagros del ahorro.

Pero las cosas no siempre salen bien, y menos cuando uno se mete en líos. Guy Crossman comprendió esto cuando, aquella noche, mientras leía el periódico, su esposa apareció en la salita diciendo:

—Es la señorita Landers, Guy. Dice que es amiga tuya.

Crossman quedó con la mente en blanco. Estaba tan tranquilo en su casa enterándose de las mentiras del mundo, con su hija cerca de él entretenida con un cuento, y lo que menos esperaba era que la llamada que vagamente había oído en la puerta del apartamento se relacionase con él. Pero supo que sí cuando por detrás de su mujer vio a la chica rubia. La había visto una sola vez y sólo un segundo, pero era imposible de olvidar. Y Crossman palideció.

—Hola, Guy —saludó afablemente desde la puerta la señorita rubia —, Siento molestarte en tu casa, pero será sólo cuestión de cinco minutos.

La mente de Crossman seguía en blanco, excepto aquella imagen de la muchacha rubia sentada en un sofá junto a un sujeto con cara de tener malas pulgas. Como un autómatas, Crossman se puso en pie. Luego recordaría que hasta había conseguido una sonrisa.

—Sí, está bien —oyó su voz en alguna parte—. Adelante, adelante.

—¿Quiere tomar algo, señorita Landers? —ofreció la simpática esposa de Crossman.

—Café, si no es molestia.

—¡Claro que no! —En seguida estoy aquí con él.

La niña había alzado la mirada del cuento y miraba con sonriente curiosidad a la visitante, que le hizo un guiño tan gracioso que ella se echó a reír, mostrando el hueco de un diente. La visitante también rió. Y miró a Guy Crossman.

—Es una niña preciosa, Guy. ¿Cómo se llama?

—Me llamo Patty —dijo la niña—. ¿Y tú?

—Berenice —dijo ésta—. ¿No deberías estar ya acostada, Patty?

—Sí, pero papá me deja ver cada semana este programa de televisión antes de acostarme.

—¿Cuál programa? —se sorprendió Berenice, pues el televisor estaba apagado.

—El que va a empezar dentro de cinco minutos.

—Ah... Entonces, para no molestarte, tu papá y yo iremos a charlar a otro sitio. ¿Qué te parece?

—Bueno.

Berenice miró a Crossman, y éste, tras tragar saliva, señaló hacia la puerta de la salita. Salieron ambos, y entraron en el dormitorio del matrimonio. Crossman se sentó en el borde de la cama, y Berenice en una butaquita de color azul.

—No quiero perjudicarle, señor Crossman —susurró Berenice—, pero lo haré si no me deja otra alternativa. Le diré cómo lo he encontrado, para que lo vea todo claro y no perdamos tiempo con preguntas por su parte, como sabe, le vi en aquella casa cerca de Houston, y le recordé como un chófer que había visto alguna vez en la Casa Blanca. Cuando mi compañero y yo escapamos de aquella situación buscamos a unas personas que hicieron una foto—robot perfecta de usted siguiendo nuestras indicaciones. Luego, y sabiendo que usted era persona al servicio de alguien que había visitado la Casa Blanca por lo menos una vez, fue rápidamente rastreado y localizado e identificado, Guy Crossman, casado, una hija, contratado como chófer particular por el señor Richard Sewey, secretario personal del presidente de los Estados Unidos. ¿Es correcto todo esto?

—Sí —Crossman se pasó la lengua por los labios—. Sí, lo es.

—Bien. Mi compañero no ha querido entrar a petición mía, para no causar alarma en su casa, pero está muy cerca, por lo que le sugiero que abandone toda idea de huir de mí. Y no digamos de lastimarme —la rubia sonrió—, pues dejando aparte que soy una mujer muy, muy peligrosa, mi compañero le haría trizas si me arrancara un solo cabello. Señor Crossman, le digo todo esto para que entienda que está perdido irremisiblemente, pues además, como es lógico, tenemos muchos otros amigos que ya saben a qué atenerse con respecto a usted, amigos que son los que han estado trabajando estos días hasta localizarlo. ¿Lo entiende todo bien?

—Sí.

—Perfecto. Y ahora, dígame: ¿quién iba en el coche aquella noche?

—El subdirector de la Empresa.

—¿El subdirector?

—Sí, sí.

—¿Quién es?

—No puedo decírselo —jadeó Crossman—. ¡No puedo!

—De acuerdo. Dígame entonces quién es el director.

—¡Eso ni siquiera lo sé! —gimió Crossman.

—Me lo temía. Pero sí sabe quién es el subdirector, puesto que lo llevé allá. Veamos, ustedes salieron en avión de Washington, llegaron a Houston, alquilaron un automóvil, y fueron al chalé donde esperaba Cari Aldeman. Este habló dentro del coche con el subdirector, y usted y éste regresaron al aeropuerto, de éste a Washington otra vez en avión, y.... aquí no ha pasado nada ¿Es así, señor Crossman?

—Sí... Sí, claro.

—De acuerdo. Repetiré la pregunta: ¿quién es el subdirector?

—¡No puedo decírselo! —Crossman parecía a punto de llorar.

—¿No? Bueno, se lo diré yo: lógicamente sólo puede ser su jefe, o sea, el señor Richard Sewey, secretario personal del presidente. Yo prefiero recibir esta información de usted, pero si me obliga puedo movilizar un centenar de hombres que investigaran los movimientos del señor Houston, ida y vuelta. ¿Es eso lo que quiere, que levante una gran polvareda en tomo al señor Sewey?

—Dios mío...

—Lo mejor y más discreto para todos es que usted sea... comunicativo conmigo, créame. Piénselo detenidamente, y comprueba que así es en todos los aspectos. Uno de éstos, y no poco importante, es evitarle disgustos innecesarios a nuestro presidente, el señor Maxwellance. ¿De acuerdo? Y ahora, ¿es el señor Sewey quien estuvo en Houston, es él el subdirector de la Empresa?

—S... ¡Sí, sí, sí!

—Tranquílcese. ¿Qué sabe usted del asunto del Pentágono? ¿Qué va a pasar en el Pentágono?

—No lo sé... ¡Le juro que no sé nada de eso! No sé nada de nada, sólo hago de chófer del señor Sewey, y sé que él es quien casi siempre dirige la Empresa, pero no sé nada más.

—Pero sí sabrá que la Empresa se dedica a asesinatos por encargo.

—¡Claro que no! —aulló Crossman—. ¡Nada de eso!

—¿No? ¿A qué se dedica la Empresa, entonces?

—No sé... ¡Le juro que no lo sé! Bueno, sé... sé que intervienen personajes... muy importantes, pero no sé nada más. El señor Sewey me., me advirtió que era mejor para mí que no supiera demasiado, que me limitase a ayudarlo acompañándole en viajes secretos... Y eso hago.

—Pero usted sabe que se ha involucrado en un asunto feo, ¿verdad?

—No... ¡No puede ser nada malo si interviene el señor Sewey!

—Vamos, no sea ingenuo. Se está tramando algo en el Pentágono, y usted tiene que comprenderlo. El señor Sewey, como secretario del presidente Maxwellance, conoce a muchos militares de alta graduación, así que algo está tramando... a las órdenes de ese

misterioso director de la Empresa. Y una cosa relacionada con las interioridades del Pentágono tiene que ser importante... Esto lo entiende, ¿verdad?

—Si... ¡Pero no sé nada de nada!

—¿Sabe que podría torturarlo a dragarlo hasta conseguir que me dijera todo lo que sabe, señor Crossman?

—¡Le he dicho que no sé nada! ¡Nada! ¡Lo juro!

Berenice Landers se quedó mirando fijamente a Crossman. En la puerta del dormitorio había aparecido la rubia jamona, que miraba de uno a otro con expresión asustada. Guy Crossman estaba sudando de angustia. Berenice se puso en pie, mirando a la señora Crossman.

—Voy a hacer un trato con usted, señora Crossman, vaya a reunirse con su hija, vean la televisión, y acuéstense. No haga nada más. Si lo hacen así yo le garantizo que dentro de pocos días su marido regresará a casa sano y salvo. No quiero perjudicarlo, sólo retirarlo de la circulación. Le aseguro que es lo menos malo que les puede suceder. ¿De acuerdo?

La señora Crossman asintió con la cabeza, como hipnotizada. Berenice también asintió. Ahora, desde la salita, llegaban los sonidos del programa de televisión que tanto gustaba a Patty. Guy Crossman también se puso en pie, agarró su chaqueta, y se dirigió hacia la puerta. Aquí se detuvo, y su mirada se posó en Berenice, que movió la cabeza.

—Le aconsejo que no lo haga —dijo dulcemente—. Soy una enemiga que supera todas sus posibilidades, créame. No me obligue a lastimarlo.

Guy Crossman claudicó. Dos minutos más tarde salían del edificio donde vivía, y entraban en el coche que había estacionado delante, y a cuyo volante se hallaba el hombre con la cara de pocos amigos, vuelta hacia ellos para contemplarlos mientras ocupaban el asiento de atrás. Berenice Landers había sacado de su bolso una pequeña radio, que accionó.

—¿Sí? —se oyó en el acto una voz masculina.

—Vengan detrás de nosotros, y cuando les hagamos una señal con las luces de posición, acérquense. Quiero que se hagan cargo de Crossman, que lo incomuniquen totalmente y que se aseguren de que va a estar bien todo el tiempo que sea necesario. Okay?

—Okay. ¿Qué van a hacer ustedes?

—Nos dijeron ustedes mismos que el señor Sewey asistía esta noche a una fiesta diplomática, ¿no es así?

—Sí, así es. Está confirmado. La fiesta empezará a las nueve.

—Pues eso: iremos a la fiesta.

La recepción diplomática era de escaso nivel, pero la había ofrecido una de las embajadas acreditadas en la capital norteamericana, y había ocasiones en que se debían cumplir los compromisos mínimos. Este era el caso de Richard Sewey aquella noche: había tenido que acudir a la recepción como «relleno» de la representación estadounidense, que no era precisamente maravillosa. Por eso le habían añadido a él: a fin de cuentas, un secretario personal del presidente.

—Me parece que no se divierte usted, señor Sewey —oyó éste.

Volvió la cabeza, y acto seguido tuvo que alzarla para poder mirar a los ojos al hombre que le había hablado. Medía no menos de metro ochenta y cinco, y era un atleta impresionante, que llevaba el traje oscuro con una elegancia y naturalidad impecables. Junto a él, Richard Sewey, gordito y con apenas metro setenta, no ofrecía precisamente un aspecto envidiable.

—¿Por qué dice eso? —preguntó con cortés gesto de sorpresa el secretario del presidente Maxwellance.

—Le veo apartado y solo. Luego, se aburre.

—Nada de eso. Simplemente, me he quedado solo unos segundos por puro milagro... y me he abstraído. Me parece que no le conozco a usted, señor. ¿A qué delegación pertenece?

—A la de la Vigilancia Universal.

Sewey palideció y quedó como convertido en estatua. Cosa poco frecuente en él, pero Elvis North sonrió. Y eso fue todo. La sonrisa desapareció pronto de su rostro, y sus negros ojos permanecieron fijos en el pálido Richard Sewey.

—¿La qué? —jadeó éste por fin.

—Vamos, señor Sewey, dejémonos de tonterías. Sé que tras escapar de Alice y de mí, Cari Aldeman le advirtió a usted de que estábamos libres, y él se puso a salvo. Usted permaneció aquí considerando que no le habíamos visto, pero ya ve que le hemos localizado.

—¿Cómo han conseguido...?

—Creo preferible que hablemos en un sitio discreto donde nadie pueda vernos. Más que nada para evitar que se den cuenta de que está usted pasando un mal rato, está muy pálido, señor Sewey.

—Sí... Bien, de acuerdo. Sí, es mejor que hablemos en otro sitio. ¿Puedo pedirle que me espere en el jardín?

Elvis North frunció el ceño, y un gesto hosco se formó en su viril rostro.

—Puede pedírmelo, y yo puedo concedérselo —asintió—, pero lo que no debe hacer es intentar escapar. Sería una idiotez, créame. Sé que es usted lo bastante inteligente para darse cuenta de que si yo estoy aquí tan tranquilo es porque estoy bien respaldado en todos los

aspectos. Incluso he conseguido una invitación, espero que eso se lo diga todo.

—Sí, comprendo... Por favor, espéreme en el jardín.

—Está bien. Sólo una pregunta antes de separarnos: ¿quién es el director de la Empresa?

—¡No me presione aquí! —jadeó Sewey—. Sé que no tengo escapatoria, y sólo le estoy pidiendo que conversemos en un sitio discreto. Puedo tardar dos, tres o diez minutos, pero iré. Mientras tanto será mejor que no tome usted ninguna iniciativa, pues luego podría arrepentirse.

—¿Me está amenazando... usted a mí? —se pasmó fríamente Elvis.

—Le estoy recomendando que no haga nada hasta haber hablado conmigo.

—Muy bien. Es un trato. Le espero en el jardín, señor Sewey.

Elvis North se alejó de Richard Sewey, que le estuvo mirando hasta que desapareció por una de las amplias puertaventanas que daban al jardín. Se pasó las manos por la cara entonces, y miró a su alrededor. El salón era muy amplio, adornado con grandes macetas que contenían exóticas palmeras oriundas del país cuya embajada ofrecía la recepción, parecía flotar en el ambiente un leve perfume como de sándalo... Algunas mujeres vestían preciosos atuendos de seda que les llegaban hasta los pies, y no pocos caballeros de airosa barba retorcida se mostraban magníficamente ufanos ataviados con bambachos...

Apostado en un lugar conveniente del jardín de la embajada, Elvis North veía perfectamente la casa, ante él, blanca, de dos pisos, con hermosas ventanas de arco. Todo el edificio resplandecía de luz, y llegaba música y voces. En la explanada había no menos de veinte automóviles estrechamente estacionados. La mayoría de los invitados habían dejado sus coches fuera, en la avenida por la que la circulación comenzaba a escasear, pero algunos habían conseguido llegar en coche hasta la mismísima embajada.

Por cierto, que uno de los coches estacionados allí dentro iba a marcharse: un criado había llegado procedente de la embajada, y había dado un mensaje a uno de los chóferes. Este asintió, se puso al volante, y fue a rodear la embajada...

Elvis North, o Marión Karras, miró de nuevo hacia el lugar por donde esperaba ver aparecer a Richard Sewey. No le parecía tan tonto como para querer jugarle una mala pasada, pero a veces la gente desesperada comete auténticas locuras...

Bajo su chaqueta sonó el suavísimo zumbido de la radio, un apenas audible bip—bip—bip, y Elvis atendió en el acto la llamada.

—¿Sí? —susurró.

—Soy yo, mi amor —sonó susurrante la dulce voz que jamás confundiría con ninguna otra—. ¿Has visto el coche que se ha

desplazado a la parte de atrás de la embajada?

—Sí. No me digas que Sewey pretende escapar en él.

—Lo siento, pero tengo que decirlo, se ha metido en el maletero.

¿No te parece una ordinariez?

—Y también una estupidez.

—Es cierto. No puedo abandonar la fiesta en este momento, así que tendrás que seguir tú solo al coche de Sewey... sí es que es de él. Yo voy a asegurarme de ello, y me escaparé de aquí en cuanto pueda. Te llamaré por la radio. Si a medianoche no he hecho contacto contigo es que te has puesto fuera del alcance de nuestras radios, así que llámame tú por teléfono al apartamento alquilado en cuanto puedas, y me reuniré contigo a la mayor brevedad. ¿Te parece bien?

—Claro.

—Besos, mi amor.

—Besos —gruñó Elvis North.

En el momento en que cerraba la radio aparecía el coche que antes había visto rodar silenciosamente hacia la parte de atrás de la embajada.

CAPITULO VI

Hacía muy poco que había amanecido cuando apareció el automóvil al alcance de la vista de Elvis North, que estaba fumando apaciblemente. Pocos segundos después el automóvil se detenía cerca de él, y la rubia señorita Alice Westmoreland se apeaba ágilmente, haciéndole un gracioso saludo con la mano. Elvis frunció el ceño, salió de su coche, y se acercó.

Se encontraron a mitad de camino entre ambos coches, y Alice le besó en la boca, breve y dulcemente.

—Apuesto a que no has dormido esta noche —dijo.

—Puedo pasar sin ello. ¿Fue una fiesta divertida, en definitiva?

—No —rió ella—, pero ya que había conseguido ser invitada a ella no iba a marcharse abruptamente. Además, el caviar y el té eran sencillamente magníficos.

—¿Quieres decir que no bebiste champán? —se maravilló Elvis North.

—Solamente té. De cuando en cuando hay que purificar la sangre, ¿no te parece?

—Tal vez, pero francamente, entre el té y el champán prefiero el champán.

—¡Yo también! —rió la encantadora rubia—. Así que, pensando que no te disgustaría desayunar conmigo, he traído unos bocadillos y una botella de champán en una bolsa con hielo. ¿Qué te parece?

—Absolutamente fascinante. Trabajar contigo es un placer.

—Eso es una grosería, mi amor... ¡Debe haber cosas más placenteras que trabajar conmigo!

—He querido decir después de hacer el amor contigo —refunfuñó él—. Lo sabes perfectamente.

—Pero me gusta que lo digas. Y otra cosa: ¿quién trabaja con quién? ¿Tú conmigo o yo contigo?

—La solución en el próximo número. Vamos a desayunar, y acto seguido iremos a echar un vistazo más detenido a ese campamento militar. Es de suponer que además de champán y bocadillos habrás traído prismáticos y demás elementos previsiblemente necesarios.

—Tengo de todo en el coche. Tuve tiempo de conseguirlo desde que me llamaste por teléfono desde no sé dónde... De modo que un campamento militar.

—La verdad, no me pareces muy sorprendida.

—No lo estoy en absoluto. Y ello por dos razones. La primera, que ya me dijiste anoche lo del campamento militar. La segunda que me pareció muy normal que el coche hubiera venido a un campamento militar, considerando que pertenece a un general del Ejército de los Estados Unidos.

Elvis North, que estaba tomando de manos de Alice Westmoreland la cesta que ésta acababa de sacar del coche, se irguió vivamente.

—No me habías dicho eso del general — protestó.

—No lo he sabido hasta esta madrugada, cuando me han llamado a mí los muchachos para decirme que la matrícula tal, del coche tal, señala al general Lewis Barrows.

—Es decir, que el general Barrows puso su coche a disposición de Richard Sewey para que yo no lo cazase.

—Sí. Y eso no es todo. Después de ayudar a Sewey a escapar, el general Barrows estuvo conferenciando muy preocupado con el senador Clifford Welby. ¿Conoces al senador Welby?

—No.

—Yo sí, un poco, de hace un tiempo. Es uno de los hombres más... irascibles e intransigentes que he conocido jamás, pero honrado. Al menos, ésa era la opinión que he tenido de él hasta esta noche. Sin embargo, es evidente que algo importante se está tramando. Fíjate que intervienen un senador, un secretario del presidente de los Estados Unidos, un general del Ejército... Y ahora todo un campamento militar en el cual se ha refugiado Sewey... Bueno, no puede tratarse de una chiquillada si, además, recordamos que todo el asunto partió de la información del tal Tillis respecto a que se relacionaba con algo que va a suceder en el Pentágono.

—Parece... una conspiración a gran nivel, ciertamente —titubeó Elvis North—. Tal vez deberíamos poner el asunto en manos de otras personas. Nosotros ya hemos conseguido lo difícil: localizar a los implicados. Incluso sabemos que el subdirector de la Empresa es Richard Sewey... Podemos entregar masticado el asunto, y que lo terminen en su amplitud quienes puedan tomar decisiones sobre un general, un senador y un secretario del presidente de los Estados Unidos. ¿Por qué complicamos más la vida? Ya hemos hecho suficiente.

—Estoy de acuerdo contigo —admitió Alice—, pero... ¿no te gustaría enterarte de verdad y por ti mismo de qué se está tramando..., y quién es el director absoluto de esta... sorprendente Empresa?

—Lo que estás diciendo es que te gustaría a ti saber todo esto.

—Pues sí —rió la rubia—. Para dejar el asunto en otras manos siempre estamos a tiempo, ¿no te parece? De modo que propongo que

desayunemos y que luego vayamos a echar un vistazo a ese campamento militar. Y si la cosa nos interesa lo suficiente incluso podríamos... asaltarlo.

—¿Asaltar tú y yo solos un campamento militar? —exclamó Elvis.

—He traído equipo adecuado para ello.

—Ya. Equipo adecuado, ¿eh?

—Sabes que podemos hacerlo —se echó a reír Alice—. ¡Lo sabes perfectamente!

—Poder hacerlo, podemos, es decir, podemos entrar en ese campamento militar..., pero lo seguro es que nos capturaran. Y no me sorprendería nada que nos fusilasen al amanecer. Pero —alzó las manos en petición de paz al captar el gesto de ella— si tú dices que vamos a asaltar un campamento militar, eso es lo que haremos.

—De todos modos —se mostró mínimamente razonable la audaz Alice Westmoreland—, antes de tomar en firme esa decisión será conveniente que analicemos las posibilidades...

* * *

Las posibilidades existían, para personas como ellos, según comprobaron examinando las instalaciones militares utilizando los prismáticos y estudiando el campamento desde distintos ángulos.

Por supuesto dicho campamento debía entrar en uno de los grandes secretos militares, pues se hallaba rodeado de una amplia franja de terreno profusamente señalizada en el sentido de prohibir el paso a cualquier persona ajena a las instalaciones. Dentro de este anillo batido continuamente por parejas de soldados de vigilancia y algún que otro jeep de la Military Police, se hallaba el campamento propiamente dicho, al que Elvis y Alice se acercaron tras burlar la primera línea de vigilancia.

Desde las ramas de un pino estuvieron contemplando el campamento que ofrecía el aspecto usual, no parecía tener nada diferente a los campamentos normales: soldados, camiones, jeeps, barracones, puestos de vigilancia, un campo de tiro, antena de televisión y radar, puesto de mando...

—Yo no veo nada especial en parte alguna —murmuró Alice, bajando los prismáticos y mirando a Elvis—, ¿Y tú?

—Nada. Es un campamento militar, eso es todo. Excepto por el hecho de que esté prohibido acercarse a él, claro. Pero eso no es nada excesivamente extraordinario. Quiero decir que este campamento puede estar prohibido para el público, de acuerdo, pero no puede ser clandestino: el Pentágono, la CIA, el Servicio de Información Militar, el FBI, el presidente Maxwellance, y, en fin, cualquier organismo oficial tiene que saber que este campamento existe.

—Por supuesto. Y si está prohibida la entrada es que algo fuera de lo corriente se está llevando a cabo ahí. Así que tenemos que existe un determinado proyecto militar, del cual forma parte indudablemente el general Lewis Barrows. Y este general es cómplice de Richard Sewey, el cual es subdirector de la Empresa. ¿Conclusión?

—Que el general Lewis Barrows y Richard Sewey son unos traidores, a las órdenes de la Empresa, la cual debe estar tramando algo en el Pentágono basándose en los proyectos de este campamento militar..., y sin duda apoyada por más traidores como el general Barrows y Richard Sewey. Es decir, que se trata, sin la menor duda, de una conspiración a gran escala., y de presumibles alcances muy peligrosos.

—Ajá —la miró amablemente Elvis—, De modo que tú dirás: ¿entramos ahí para que nos cacen, o vamos a decirle al presidente Maxwellance lo que hemos descubierto, y que él tome las medidas finales?

—Vamos a entrar ahí —dijo firmemente Alice.

—Me lo temía —gruñó Elvis North.

—Claro que si quieres negarme este capricho...

—Hablemos en serio —cortó él—: ¿cuándo te he negado algo yo a ti?

—Nunca —sonrió luminosamente la bellísima rubia.

El silencio era tal que se oía el canto de unos grillos. En el campamento quedaban las luces de vigilancia, si bien, contra lo que habían temido, ningún reflector barría con su luz la zona a recorrer. La vigilancia de tropas a pie persistía, eso sí. Habían llegado a la conclusión de que si bien la primera y más sencilla alambrada no estaba electrificada no contenía alarma alguna, la segunda sí debía poseer ambos dispositivos, de modo que, simplemente, mientras Elvis había continuado vigilando el campamento Alice había ido en busca de material adecuado.

Finalmente, poco después de las diez de la noche, y tras salvar la primera alambrada sin problema, se acercaron a la segunda, dentro de la cual estaba el campamento. En alguna parte, de cuando en cuando, se oía una voz, o recias pisadas. Habían visto ya un relevo de la guardia, exterior. Todos los vehículos permanecían parados, ordenadamente estacionados. Sólo de unas pocas ventanas de barracones brotaba luz.

Alice y Elvis, ambos vestidos de negro y con la cara maquillada asimismo de negro, llegaron ante la segunda alambrada, se arrodillaron, y Elvis descargó el pequeño macuto, del cual sacó los pequeños cables eléctricos provistos de ganchos de conexión que la CIA le había facilitado a Alice. Esta empuñó los alicates, esperó a que Elvis colocara los cables haciendo contacto con las alambradas, y

comenzó a cortar ésta. No se produjo alarma alguna, y en menos de un minuto Alice había efectuado un recorte más que suficiente para que uno tras otro, ambos pasaran al otro lado.

Segundos más tarde se metían entre los camiones estacionados, a salvo, por el momento, de ser vistos.

—Muy bien —le susurró Elvis a Alice al oído—, ya estamos aquí. Y ahora... ¿qué?

—Vamos a llegarnos al barracón de mando —susurró ella—, a ver si encontramos algo allí dentro.

—Qué barbaridad. Acabarán por freímos a vulgares tiros de metralleta. Lo que me parece una muerte de lo más indigna y vulgar para dos personas como nosotros.

—No seas ave de mal agüero —rió ella, le besó sorprendentemente en los labios, volvió a reír, y dijo—: vamos allá.

—Espera un momento. Será mejor que antes dejemos preparado el macuto. Lo colocaré junto al depósito de combustible de este camión.

Durante un par de minutos, Alice quedó sola en la relativa oscuridad. Elvis reapareció, hizo un gesto indicando que todo estaba en orden, y señaló con la barbilla hacia el edificio donde indudablemente estaba instalado el puesto de mando del campamento. Tras calcular los movimientos de los soldados de vigilancia se disponían a echar a correr hacia allí cuando Alice puso una mano en un brazo de Elvis, que quedó inmóvil.

Tan sólo un segundo más tarde comenzaba a oír él también el rumor de motores... Helicópteros. Por lo menos tres helicópteros se estaban acercando. Unas luces aparecieron de pronto en la explanada, señalando la forma de ésta.

—Vamos a tener visita —susurró Alice—. Esos helicópteros vienen aquí.

Permanecieron inmóviles, escuchando el cada vez más audible rumor de los helicópteros, que resultaron ser cuatro, y que apenas un par de minutos más tarde se habían posado en la explanada, ahora bastante iluminada. Todo quedó nuevamente en silencio, y de los helicópteros comenzaron a descender los pasajeros.

El primero que vieron Elvis y Alice fue un negro. Tras él, del mismo helicóptero, saltó un japonés, y detrás de éste otro japonés... De los restantes helicópteros descendían personajes a cuál más interesantes: había más negros, chinos, árabes..., y blancos, desde luego. Blancos que para la experta mirada de Elvis y Alice no necesitaban presentación: europeos en su mayor parte, aunque también los había sudamericanos.

—Pero... ¿qué es esto? —no pudo contenerse Alice—. ¡Hay gente de todo el mundo!

—Y si te fijas bien en esas personas no parecen precisamente

delincuentes... ¡Mira eso!

Dos hombres se habían vuelto hacia el helicóptero del cual habían descendido, y ayudaban ahora a hacerlo a una mujer arrugada, de raza china, cuyo rostro parecía talmente el de una simpática mona vieja. Uno de los japoneses se acercó a ella, hizo un comentario, y provocó unas carcajadas contenidas. El general Barrows había aparecido, y departía con algunos de los recién llegados, cuyo número total no era inferior a treinta. Treinta personas procedentes de todo el mundo que habían llegado al campamento militar secreto en helicóptero de la USA Air Force.

Apareció también Richard Sewey, que, como el general Barrows, departía amablemente con los recién llegados. La conversación se iba generalizando, se formaban pequeños grupos...

—Santo Dios —jadeó de pronto Alice—, ¡Son los socios de la Empresa! ¡Han venido todos, hay reunión...! Y posiblemente el director esté ahí, debe ser uno de éstos.

—No veo a nadie que sea conocido a nivel popular —murmuró Elvis—, ¿Y tú?

—Tampoco... ¡Pero tienen que ser los socios de la Empresa! ¿Te parece que estoy chiflada, mi amor?

—No. Yo también lo estaba pensando. Y pensaba que si hay reunión de socios de la Empresa será para hablar de sus asuntos, así que... sería interesantísimo que pudiéramos escuchar su conversación.

—Eso también está previsto —aseguró Alice, descolgando ahora su macuto del hombro.

Habían aparecido más soldados que ahora empujaban los helicópteros, retirándolos del centro de la explanada. Las luces comenzaban a apagarse, mientras los recién llegados se dirigían al puesto de mando. Era un ambiente insólito, como cordial, el que creaban aquellas personas. Incluso se oían risas. La vieja mujer china caminaba agarrándose graciosamente al brazo de dos hombres... Por su parte, Alice Westmoreland terminó de montar el pequeño fusil de tubo de aluminio, metió dentro un micrófono-dardo de altísima sensibilidad, y esperó a que todos los viajeros hubieran entrado en el puesto de mando.

Entonces disparó el dardo hacia allá, tras apuntar cuidadosamente. Junto a ella, Elvis North manipulaba ya el receptor, de modo que se oyó el chasquido del dardo al clavarse en el marco de una ventana, y en seguida un rumor de voces, tantas que no se podía entender prácticamente nada.

—Maldita sea —masculló Elvis—, ¡no vamos a enterarnos de nada si se pasan el tiempo hablando todos a la vez!

—Ya se tranquilizarán —vaticinó Alice.

Y así, fue en efecto. Poco a poco comenzaron a distinguir voces

concretas, palabras, y hasta frases enteras. Se hablaba en inglés exclusivamente, ahora. Destacó muy pronto la voz de Richard Sewey reclamando atención.

—Dama y caballeros, muchas gracias por acudir a una reunión más de la Empresa. En primer lugar, debo pedir disculpas en nombre de nuestro amado director, cuyas ocupaciones le han impedido esta vez...

No pudieron oír más, porque en todo el ámbito del campamento comenzó a oírse, con veloz intermitencia, el ulular de una sirena, que terminó pronto. Acto seguido se encendieron muchas luces en todo el campamento, y los altavoces situados en puntos estratégicos dejaron oír una voz clara y firme:

—Atención, intrusos: ha sido localizada su línea de entrada, y toda la guarnición de este campamento va a ser puesta en pie de armas para acribillarlos allá donde los encuentren si no aparecen en la explanada antes de diez segundos, desarmados, y con los brazos en alto. No habrá más advertencias. Empieza la cuenta atrás, diez segundos, nueve segundos...

—Lo sabía —dijo Elvis North—. No podía ser de otro modo.

—Sí —suspiró Alice—. Incluso es posible que nos hayan dejado entrar para no complicar las cosas antes de la llegada de los socios de la Empresa. En el fondo me alegro.

—No me digas. ¿Por qué?

—¡Sería terrible que en un campamento militar norteamericano se pudiera entrar tan fácilmente, mi amor!

—Eso sí —admitió Elvis North—, ¿Por dónde va la cuenta?

—Dos segundos —se oyó la voz por los altavoces—, un seg...

—¡Eh, tranquilos! —gritó graciosamente Alice Westmoreland—. ¡Ya salimos, ya salimos!

Segundos más tarde estaban en el centro de la explanada bajo la intensa luz de todos los focos. Elvis North ni siquiera mantenía los brazos en alto, y en cuanto a Alice había puesto las manos sobre la cabeza, y miraba con los ojos muy abiertos hacia todos lados, manifestando un cómico miedo que no existía en modo alguno.

Se oyó el trepidar de botas contra el suelo. Las figuras de numerosos soldados se perfilaron más allá de la luz que los cegaba. La voz masculina les llegó ahora directamente:

—No intenten nada, o morirán.

—No vamos a intentar nada —aseguró Alice.

—Ustedes son prisioneros del Ejército de los Estados Unidos, y van a ser juzgados como espías.

—Esta sí que es buena —exclamó la señorita Westmoreland.

Y se echó a reír.

CAPITULO VII

—Vengan los dos. ¡Pronto!

Alice y Elvis, que estaban sentados en el flamante camastro de un calabozo no menos flamante y que, evidentemente, nunca había albergado prisionero alguno, se pusieron en pie. El capitán que les había dado la orden, el mismo que una hora antes los llevara al calabozo, los miraba confundido y todavía irritado.

Salieron a la explanada, custodiados por media docena de soldados armados hasta los dientes. La calma reinaba de nuevo en el campamento, la situación se había estabilizado.

Los prisioneros comprendieron muy pronto adónde los llevaban: al puesto de mando. Y así fue. Llegaron allá, entraron, cruzaron la pequeña oficina de recepción, y entraron en lo que debía ser el despacho del comandante del fuerte, y que era, simplemente, una gran sala que ocupaba el resto de la edificación, con muchas sillas, sillones, sofás, y una mesa escritorio al fondo.

Los personajes que habían llegado en helicópteros estaban allí: negros, blancos, asiáticos, indios... Más de treinta personas, repartidas en todo el salón, unos fumando, otros bebiendo, se quedaron mirando a la impresionante pareja de prisioneros..., los cuales vieron muy cerca de ellos a Richard Sewey, y junto a él, sorprendidos en verdad, a Cari Aldeman, que les sonrió burlonamente. El general Barrows estaba sentado tras la mesa escritorio, y junto a él, de pie, estaba el senador Clifford Welby. Cerca de éste había otro senador...

—Ustedes dos —dijo Sewey— son realmente persistentes. Y eso no les va a reportar nada bueno.

Alice señaló al general Barrows.

—¿Es él el director?

—No hagan preguntas que nadie les va a contestar —dijo Aldeman—, Ya he convencido a mis amigos de que con ustedes no se pueden tener contemplaciones. Son verdaderamente gente de cuidado, señorita Landers.

—Westmoreland. Alice Westmoreland. Él es Elvis North.

—Ya, ya. Sean quienes sean se han metido esta vez de verdad en un buen lío.

—Pues si nosotros estamos metidos en un lío..., ¿qué puede decirse de ustedes? Deben estar locos para hacer las cosas de este modo, señor

Aldeman. Elvis y yo hemos conocido locos de toda clase, pero creo que ustedes son los más desquiciados de todos: ¿a quién se le ocurre traicionar a los Estados Unidos y tomar como base un campamento militar auténtico? ¿O no es auténtico este campamento?

—Lo es.

—Entonces están todos locos. Y no debe ser menos locura lo que sea que estén tramando hacer en el Pentágono.

—¿En el Pentágono? —alzó las cejas Sewey—. ¿Quién está tramando hacer nada en el Pentágono?

—¿Qué significa esa matización? —entornó los ojos Elvis.

—Nadie ha dicho nunca que vayamos a hacer algo en el Pentágono, señor North. Y es evidente que la comunicación de Tillis fue mal interpretada.

—¿De qué está usted hablando? —exclamó Alice—. ¿Todo este jaleo no está relacionado con el Pentágono?

—Sí, sí, eso sí. Está relacionado con el Pentágono, pero nunca se ha dicho que vayamos a hacer nada en el Pentágono, sino con el Pentágono. No sé si ustedes captan la diferencia.

Elvis y Alice se quedaron mirando a Richard Sewey, el secretario personal de Jason Maxwellance, presidente éste de los Estados Unidos de América... No podía ser que aquel hombre menudo y regordito estuviera sugiriendo lo que ellos creían entender... Los prisioneros miraron incrédulamente al general Barrows, que permanecía tras la mesa, silencioso y sombrío, miraron a los miembros de la empresa, ahora todos silenciosos y contemplándolos entre curiosos y preocupados. Y volvieron a mirar a Aldeman, y a Sewey, el subdirector de la Empresa...

—Ustedes están locos —insistió Alice—. ¿Pretende decirme que van a atacar el Pentágono?

—¿Le parece imposible? —sonrió Sewey.

Alice y Elvis se miraron. Veamos: ¿qué era el Pentágono? Pues, el más grande edificio de oficinas del mundo, sede de la Defensa Nacional de los Estados Unidos. Ideado por el general Somervell, diseñado por George Edwin Bergstrom, edificado durante la Segunda Guerra Mundial para albergar diversas agencias del Departamento de Guerra... Cinco edificios concéntricos pentagonales enlazados por corredores y pintados de diferente color para evitar confusiones. Sede del Departamento de Defensa y de los cuarteles generales del Ejército, la US Navy, la US Air Force... Y también provisto de restaurantes, bancos, tiendas... Todo ello en Arlington, todo ello rodeado de terreno con capacidad para estacionar cientos de automóviles...

¿Qué era el Pentágono?

Pues, simplemente, un objetivo como otro cualquiera, si alguien se proponía atacarlo..., sobre todo conociéndolo bien.

—Me parece —sonrió de nuevo Sewey, que no había perdido de vista el cambio operado en las expresiones de los prisioneros— que no les parece imposible, ¿verdad?

—Depende de cómo lo hagan — murmuró Alice.

—Oh, por eso no se preocupe usted, estamos bien asesorados y mejor dirigidos: el general Barrows es nuestro principal consejero militar, y él ha planeado el ataque al Pentágono. Un ataque tras el cual no quedará ni rastro de él, señorita Westmoreland. Vea esto.

Sewey hizo una seña, y los miembros de la Empresa se apartaron, dejando entonces visible colgado de la pared el gran mapa topográfico que incluía el Pentágono. Una fotografía tomada desde el aire, en cuyo centro destacaba el inconfundible edificio.

—Tenemos diferentes opciones —dijo Sewey—, de entre las cuales no se descarta la de, simplemente, asaltar el objetivo con las tropas que tenemos aquí acuarteladas, y, si fuese necesario, recurriendo a muchas más. Como usted comprenderá el general Barrows no habría de tener dificultades para conseguir un par de batallones, por ejemplo...

—Claro que tendría dificultades. ¡Nadie le secundaría en una cosa así!

—Tal vez no —admitió Sewey—, Es por eso que ya está decidido atacar de modo contundente y sin réplica posible, es decir, por medio de proyectiles... adecuados, lanzados desde vehículos asimismo adecuados y por personal adecuado.

—Santo Dios... ¡No!

—¿Por qué no? Unos pocos proyectiles de cabeza atómica, señorita Westmoreland, y esa pesadilla habrá terminado.

—¡No pueden disparar proyectiles atómicos!

—¿Por qué no? —se sorprendió Sewey—. ¡Tenemos muchos! El Ejército de los Estados Unidos de América tiene muchos proyectiles atómicos... ¿No es cierto, Lewis?

—Por supuesto — gruñó el general Barrows.

—¡Pero no pueden utilizarlos contra los propios Estados Unidos!

—¿Por qué no? —replicó vivamente Sewey—. ¿Cuál es la diferencia entre dispararlos contra el Pentágono... o el Kremlin, por ejemplo?

—¡Nosotros somos americanos!

—¿Nosotros? ¿A quiénes se refiere? ¿A usted, al señor North, a mí, a Aldeman, al general Barrows y los senadores Welby y Patterson, por ejemplo? Porque si se fija usted bien, señorita Westmoreland, vera que en esta... reunión extraordinaria de la Empresa no hay solamente miembros del continente americano y del país llamado Estados Unidos de América. ¿Usted no tiene nada que decir, señor North?

—Generalmente cuando se trata de conversar le cedo el protagonismo a Alice.

—¿Ella se expresa mejor que usted, tal vez?

—A ella le gusta más hablar. Y, además, siempre se resiste a admitir que la mayor parte de las veces hablar no sirve de nada. Ella es... dada al diálogo, a las soluciones verbales, a intentarlo todo antes de pasar a la acción resolutive. Tiene un corazón tan grande, en suma, que antes de partirle la cabeza a usted intentara convencerle con palabras de que no se debe ser malo en esta vida.

—Entiendo. Si de usted dependiera simplemente me partiría la cabeza.

—Así es.

—En ese caso —rió Sewey— prefiero seguir tratando con la señorita Westmoreland. Estábamos diciendo, señorita Westmoreland, que sin duda habrá observado usted que en esta reunión extraordinaria de la Empresa no hay solamente miembros norteamericanos. Y tal vez se haya preguntado usted qué significa esto.

—Sí, me lo he preguntado —aceptó la bella Alice.

—Significa, como es fácil comprender, que la Empresa cuenta con... colaboraciones en todo el mundo.

—¿Gente de todo el mundo se ha... asociado para destruir el Pentágono?

—El Pentágono de momento. Seguirán otros... edificios y estamentos representantes de la guerra, el exterminio y el abuso del poder. Por ejemplo, y ya que lo hemos mencionado antes, el Kremlin. Y sucesivamente, las sedes que alberguen el núcleo central del sistema bélico de diferentes países... Me parece que su interés va creciendo. ¿Me equivoco?

—En absoluto. Pero tal vez no he entendido bien: ¿van a destruir el Pentágono y luego el Kremlin, y luego otros edificios o sedes similares en todo el mundo?

—Así es. Y como puede comprobar —Sewey señaló a los miembros de la Empresa con amplio gesto— disponemos de personas de gran significado en muchos países. Estas personas que ve usted aquí son solamente los representantes de diversos países o grupos, ellas, a su vez, tienen montada en cada país una organización que se está preparando para ir entrando en acción sucesivamente. Por ejemplo, tenemos al camarada Gregori Chindasvilian —señaló a uno de los silenciosos blancos— que será el encargado de organizar la destrucción total del Kremlin... ¿No es así, Gregori?

—En efecto —dijo el ruso.

Alice parecía no poder salir de su asombro. Miró a Elvis, que permanecía impasible, conforme era en él característico.

—¿Tú lo estás entendiendo? —susurró ella.

—Creo que sí. De un modo u otro pretenden desarticular las fuentes, los orígenes de los conflictos militares, o, cuando menos, la capacidad

organizativa de guerras y conflictos tendentes a provocarlas. Si no fuese porque me parece... increíble casi diría que no me parece nada mal lo que pretenden.

—Ah, señor North, usted habla poco —exclamó Sewey—, pero cuando lo hace vale la pena escucharle. Es cierto: lo que nosotros pretendemos es darle al mundo una lección muy severa. Y especialmente al sistema bélico norteamericano... Es una lección que esperamos aprendan los demás sistemas bélicos del mundo..., después de que también el Kremlin sucumba bajo el ataque que dirigirá nuestro querido Gregori Chindasvilian. Y así, tenemos la esperanza de que todos comprendan que disponemos de poder oculto suficientemente grande para terminar con el sistema organizativo bélico de cualquier país. Creo que está bien claro lo que pretendemos, señorita Westmoreland: terminar de una vez por todas con las guerras y con el abuso de poder.

—Pero eso... ¡eso es maravilloso! —exclamó Alice.

—¿Realmente se lo parece?

—¡Claro que sí! ¡Y para una cosa así tienen que contar conmigo! ¡Tienen que contar con nosotros!

—Eso es formidable —amplió su sonrisa Sewey—. ¿Debemos entender, pues, que está de acuerdo con nuestro plan de convertir en ceniza y polvo el Pentágono, como primera lección para el mundo?

—No... No, no, un momento... ¡Un momento! Yo no estoy de acuerdo con eso del Pentágono. Se pueden hacer las cosas de otra manera.

—¿Qué manera? Díganos una sola manera de demostrar a los belicistas que disponemos de fuerza suficiente para aplastarlos a todos y que ellos queden convencidos y desistan de sus planeamientos y planteamientos bélicos.

—Bueno, no sé... Habría que estudiar detenidamente el asunto...

—No —dijo el general Barrows—. Sé lo que me digo, señorita Westmoreland. Sólo hay una cosa que la gente que nos ocupa entienda a la primera y no la olvide: la fuerza. Y eso es lo que vamos a utilizar vamos a convertir en ruinas el Pentágono, y posteriormente disponemos de medios para avisar al mundo entero que la Empresa se ha propuesto hacer lo mismo con los... «Pentágonos» de todo el mundo si en este no cesan YA, AHORA, las hostilidades.

—Pero esperen un momento, deberíamos...

—¡No deberíamos nada! —el general Barrows se encolerizó de pronto y pegó un puñetazo a la mesa—. ¡No vamos a esperar nada más! ¿A qué se cree que estamos jugando? Aquí somos todos mayorcitos, y los juegos los olvidamos hace tiempo. Mire, nos hemos agrupado..., asociado en esta Empresa gente de todo el mundo que vive en niveles altos de la política, la economía, la educación, la

alimentación, las artes... Obsérvenos usted bien, y se dará cuenta de que empezando por Aldeman y terminando por la señora Kai Ling no tenemos de malvados ni siquiera la expresión. Tiene usted que entenderlo: no somos una pandilla de criminales locos o ambiciosos que pretenden dominar nada, ni humillar a nadie, ni someter pueblos o razas... ¡Maldita sea mi estampa, yo soy militar, y estoy ya harto de todo esto, quiero que terminen las guerras y las masacres masivas ahora que he comprendido, que he visto la luz! ¡Usted tiene que comprender esto!

Alice aspiró hondo, y murmuró:

—Desde luego que lo comprendo. Y les estoy diciendo que pueden contar con nosotros para una cosa así. Pero, general, no podemos lanzar proyectiles atómicos sobre el Pentágono.

—¿Por qué no?

—Sería un asesinato en masa. Dentro del Pentágono, sea cual sea el momento que se eligiera para bombardearlo, habría personas que no tienen culpa de nada en todo esto...

—¿Y qué culpa tienen los cientos de miles o millones de personas a las que se somete a una guerra entre países vecinos, o una guerra civil? ¿Qué culpa tienen las gentes del pueblo de que los retorcidos intereses económicos de dos países los enfrenten y tengan que matarse unos a otros? ¿Qué culpa tienen los niños, los seres indefensos, de que un general ruso o americano, o un ambicioso político japonés o africano tengan ambiciones tales que no les importa pasar por encima de los cadáveres de millones de seres...? Usted me está hablando del Pentágono, donde quizá haya en el momento del ataque cinco, seis, diez mil personas... ¿Y qué es esa cantidad comparada con las cifras que proporciona una guerra... que se organiza sin piedad alguna? ¿Acaso no es cierto que son sacrificadas vidas por miles y cientos de miles? Pues bien: ¿qué importan ahora diez mil vidas?

—Eso... es hacer pagar a justos por pecadores, general.

—Eso sería suponiendo que dentro del Pentágono haya alguien que pueda ser considerado JUSTO, ya que, como es fácil comprender, todas las personas que van allá son profesionales de la guerra, de un modo u otro, así que me permito dudar que haya algún justo... Pero, aunque así fuese, señorita Westmoreland..., ¿qué le vamos a hacer? Es bien sabido que con frecuencia pagan justos por pecadores..., sólo que esta vez, al menos, habrá valido la pena.

—Yo no lo creo así, general.

—¿Y a quién le importa lo que usted crea? —sonrió secamente el general Barrows.

—A mí —dijo Elvis North—. Siempre me ha importado cuanto ella ha dicho, porque generalmente suele tener muy buen juicio.

—De modo que se ha decidido a hablar. Ha podido ahorrarse la

molestia, señor North. Nosotros comprendemos que por diversas causas a usted le importe lo que diga la señorita Westmoreland, pero comprenda usted también que los deseos, ideas u opiniones de ella a nosotros nos tengan sin cuidado.

—Lo que ella intenta hacerles comprender es que ustedes parten de una buena y loable idea, pero que están utilizando medios equivocados para ponerla en práctica.

—Señor North: ni usted ni la señorita Westmoreland están cualificados para enseñarnos nada a ninguno de nosotros. Ni para moralizarnos, ni aconsejarnos..., y ni siquiera necesitamos la ayuda de ustedes, ni de esa organización a la que pertenecen, la Vigilancia Universal...

—Esa organización que usted desdeña hace lo mismo que ustedes están pretendiendo hacer, pero sin asesinar masas humanas, sino todo lo contrario, impidiendo asesinatos de personas de valía y masacres de gentes inocentes. La WWW nunca hará pagar a justos por pecadores, lo que significa que cualquier comparación entre la Empresa y la WWW sería considerada propia de mentes desquiciadas. En cuanto a ustedes, mi opinión es que están todos locos... Admirablemente locos, pero locos como cabras.

—Debió quedarse usted callado, señor North.

—Sí, lo sé. Por eso, siempre que puedo lo hago. No suelo relacionarme con gente de su jaez, general, pero en esta ocasión quisiera hacer un trato: déjenos ayudarle, y verá cómo entre Alice y yo encontramos algo mejor que bombardear con proyectiles atómicos el Pentágono, el Kremlin o cualquier otro lugar.

—Richard —masculló Barrows mirando a Sewey—, ¿tengo que seguir soportando a este par de engreídos?

—No —dijo Sewey—, Los había hecho venir para intentar convencerlos de que trabajasen para la Empresa, pero he comprendido muy bien que habría sido un tremendo error por mi parte. Llévoslos.

Los soldados les hicieron un gesto a Elvis y Alice, y ésta, mirando al general con expresión sorprendida, preguntó:

—Entonces..., ¿no es usted el director de la Empresa? ¿Quién es?

—Adiós, señorita Westmoreland.

—Está bien. ¿Qué piensan hacer con nosotros? ¿Amarrarnos a uno de esos proyectiles atómicos que piensan disparar?

—Es una idea a considerar —sonrió divertido Richard Sewey—. Por el momento, mientras permanecen prisioneros, disfruten de la vida de ese modo que según Cari saben hacerlo. ¡Y que les dure!

—Es usted un chivato —le dijo amablemente Alice a Cari Aldeman—. La próxima vez que esté a mi alcance se lo haré pagar.

—Me temo, señorita Westmoreland, que no habrá próxima vez.

—¿No? ¿De veras? ¡Pues muchas gracias por avisarme!

Alice Westmoreland se acercó más a Cari Aldeman, y le encajó tal rodillazo entre las ingles que talmente pareció como si no hubiera ocurrido nada, pues Aldeman ni siquiera gimió, sólo retrocedió un paso, encogiéndose, lívido hasta lo cadavérico, fuera de las órbitas los ojos..., y, mientras dos soldados sujetaban a Alice, comenzó a caer lentamente hacia atrás, sin que nadie pudiera sujetarlo, de modo que rodó por el suelo, de pronto sin sentido.

—Caray —sonrió Elvis North—. ¡No todo había de ser aburrido en esta reunión!

—Provoquen tan sólo una molestia más —deslizó suavemente Richard Sewey—, y daré orden de que sean fusilados.

CAPITULO VIII

—Me temo que de todos modos acabarán por fusilarnos —dijo Alice cuando salieron del puesto de mando rodeados de la escolta de soldados—, y ya que no nos han quitado los cigarrillos..., ¿qué tal si nos fumamos el último?

—¿Crees que es el momento? —se interesó Elvis, como preocupado.

—No tiene objeto prolongar más esta situación, amor mío, porque hagamos lo que hagamos y digamos lo que digamos no los vamos a convencer. Así que terminemos con la comedia.

—Tienes razón —asintió Elvis—, Terminemos.

Había sacado el paquete de cigarrillos, que en efecto no le había sido requisado, y ofreció al joven y al parecer malhumorado capitán que mandaba la escolta.

—No, gracias —rechazó secamente el capitán.

—Yo sí quiero —dijo dulcemente Alice.

Elvis le tendió el paquete, ella palpó con sus finos dedos, eligió determinado cigarrillo, y tiró de él... A unos ochenta metros, el macuto que contenía la carga explosiva conectada al dispositivo del paquete de cigarrillos explotó con una violencia terrible, que a su vez hizo explotar el depósito de combustible del camión... Un tremendo impacto de aire caliente llegó al lugar donde se hallaba la pequeña comitiva de soldados y prisioneros.

Sólo que, mientras los soldados ni remotamente esperaban una cosa así, los prisioneros habían pensado incluso sacar partido de ella, cosa lógica, pues había sido preparada precisamente para eso. De modo que, mientras los soldados se asustaban, tropezaban entre sí, y lanzaban exclamaciones y gritos de alarma, Elvis y Alice actuaron con toda precisión y contundencia: un escalofriante puñetazo de Elvis en plena mandíbula lanzó al joven capitán por los aires instantáneamente privado del conocimiento..., y al mismo tiempo Alice derribaba a otro soldado con un golpe de karate en un lado del cuello y le arrebató la metralleta.

Un soldado gritó, giró hacia ella desentendiéndose del incendio que se estaba formando en el estacionamiento de vehículos militares, y comenzó a apuntarla con su arma. De un puntapié entre las ingles Elvis North casi lo mató, y a seguido, girando, descargó un codazo en el rostro de otro soldado, derribándolo mientras se hacía con la

metralleta del anterior.

En un instante, la situación había cambiado en la explanada. No sólo estaba todavía retumbando la explosión primera y la segunda encadenada, sino que los prisioneros eran ahora quienes mandaban. Los soldados que permanecían en pie estaban atónitos, petrificados... Hacia el cielo ascendían largas lenguas de fuego y brochazos de negro humo. La alarma comenzó a sonar...

—Dejad caer las armas —ordenó Elvis, moviendo amenazadoramente la metralleta—, ¡ahora!

Los soldados dejaron caer las armas, y Alice les indicó por gestos que retrocedieran, cosa que hicieron. El campamento militar parecía ahora un infierno total, pues otro camión acababa de incendiarse tras la explosión de su depósito de combustible, alcanzado por el anterior... Elvis North recogió las armas de los soldados, y Alice ordenó:

—¡Media vuelta! ¡Marchen!

Los soldados no sabían qué hacer. Miraban con expresión desorbitada a los espías.

—¿No me han oído? —insistió Alice—. ¡Media vuelta! ¡Marchen!

—Hacedlo —amenazó Elvis—, u os lleno de plomo, cretinos...

El fuego rugía con fuerza, el humo se estaba extendiendo, soldados en paños menores, pero bien armados salían de los barracones, del puesto de mando salían los miembros de la Empresa, se encendían focos..., los soldados de la escolta dieron la vuelta y echaron a correr, alejándose de Elvis y Alice, que hicieron lo mismo..., pero en dirección a los camiones.

—¡Podríamos coger un jeep! —gritó Alice.

—¡No! ¡Necesitamos un camión, o no saldremos de aquí!

—¡Tienes razón!

Los disparos comenzaron a sonar cuando ellos se habían metido entre los camiones más alejados del fuego, donde, de todos modos, reinaba un calor que no presagiaba nada bueno para la integridad de los camiones. Una voz estaba precisamente dando órdenes en este sentido, pero los soldados no parecían muy dispuestos a correr hacia aquel infierno, a cuyo rojo resplandor Elvis y Alice parecían talmente estar al rojo vivo.

—¡Me estoy abrasando! —gritó ella.

—¡Sube!

Escalaron a toda prisa un camión, y Elvis no se complicó la vida en absoluto. Arrancó los hilos del contacto, los unió, y el motor del vehículo se puso en marcha. En un instante, dando marcha atrás, salió de su puesto en la bien ordenada fila, giró, y emprendió rugiente y veloz carrera hacia la primera alambrada.

Era imposible oír otra cosa que el rugido del fuego..., o eso parecía,

porque los fugitivos pronto se convencieron de que también los impactos de las balas resonaban con fuerza en la plancha del camión. Por delante de ellos apareció una luz, pero llegando de atrás. La alarma seguía sonando. Otro depósito de combustible explotó, y otra vez pedazos de camión saltaron por el aire. El campamento militar, decididamente, era un infierno del que cada cual procuraba escapar como podía y además a toda prisa.

Y de momento los que más de prisa escapaban eran Elvis y Alice.

La alambrada apareció pronto ante ellos, y, sin más consideraciones, Elvis lanzó el camión contra ella, aumentando la velocidad a tope. El encontronazo fue tremendo, pero uno y otra estaban preparados, de modo que no sufrieron consecuencias preocupantes. Tras la fortísima sacudida, el camión quedó atrapado en la alambrada como una mosca en la telaraña, asomando el morro por entre los partidos alambres del centro. Elvis dio marcha atrás, y de nuevo hacia delante. El camión no pudo terminar de salir, pero ahora quedó el hueco suficiente para los dos fugitivos, que se apresuraron a abandonar el vehículo y meterse entre los alambres.

Por detrás de ellos llegaban soldados corriendo. Por delante, en alguna parte, debía haber también más soldados, que ahora estarían corriendo hacia donde el camión había perforado la alambrada. Esta quedó detrás de Elvis y Alice, que corrieron hacia la segunda. Por detrás sonaron algunos disparos, a los que ni siquiera hicieron caso. Corrían hacia la oscuridad, donde sabían que podrían burlar a cualquier perseguidor, no sería ni muchos menos la primera vez que juntos o por separado habían realizado fugas semejantes y hasta más peligrosas...

Primero aparecieron dos soldados, corriendo hacia ellos desde la derecha. Elvis simplemente giró hacia allá y disparó. Oyó los gritos de los soldados, los vio caer, y miró a Alice, que apretaba los labios...

—¿Qué otra cosa querías que hiciese? —gritó Elvis.

Llegaron a la segunda alambrada, que sabían era inofensiva y no presentaba ninguna otra clase de dificultades, como la ya superada. Ambos se volvieron a mirar el campamento..., y vieron los helicópteros elevándose, convertidos en rojos espejos que reflejaban el fuego. El incendio era cada vez más intenso, el humo negro se arremolinaba ahora en todas direcciones... Había dejado de sonar la alarma. A lo lejos vieron, a la luz del incendio, unos pocos soldados corriendo hacia ellos.

—Pues vas a tener que dispararles tú también —jadeó Elvis—, porque de lo contrario no saldremos de aquí.

Metió sus fuertes dedos entre los alambres, y Alicia se colgó de su espalda con un brazo, sujetando la metralleta con la otra mano. Como si todo su cuerpo fuese un puro mecanismo de acero Elvis North

comenzó a escalar la alambrada, mientras, colgada de él, Alice tuvo que disparar, en efecto, para detener la marcha de los soldados que corrían alocadamente. La ráfaga les rebotó cerca de los pies, hirió a dos en las piernas, y provocó una auténtica desaparición de enemigos, que se zambulleron como pudieron en busca de protección.

Elvis llegó arriba, Alice se soltó de él tras tirar la metralleta al otro lado y agarrarse con ambas manos al borde. Rebasó la alambrada, se descolgó, y se soltó... Junto a ella, como un felino, cayó Elvis, que la miró vivamente.

—¡Estoy bien! —gritó ella.

—¡Pues corre!

No tuvieron que correr demasiado para llegar al lugar donde habían dejado escondido el coche. Se metieron dentro, Elvis arrancó, salieron del escondrijo, circularon por el camino, y tres minutos más tarde aparecían en la carretera.

—Ahora con calma —jadeó Alice.

—Gracias por avisarme —jadeó también Elvis.

—¡Qué barbaridad, qué modo... de correr...! ¡Hemos perdido nuestra dignidad!

—¿De qué estás hablando?

—No sé qué filósofo dijo... que cuando el hombre corría... perdía su dignidad.

—¡Menudo cretino!

—Mi amor, ¡que era un filósofo!

—Puede que fuese filósofo, pero además sería un cretino... ¿Estás bien?

—Lo suficientemente bien para solicitar inmediatamente una entrevista con el señor Maxwelllance, nuestro electo y activo presidente de los Estados Unidos de América...

No hubo manera de conseguir que el presidente Jason Maxwelllance recibiera en su despacho de la Casa Blanca a la señorita Westmoreland y al señor North antes de transcurridas treinta y seis horas.

Por supuesto, con anterioridad a esto se tomaron todas las medidas para impedir los planes referidos al bombardeo del Pentágono, y, discretamente, personal especializado bloqueó los proyectiles atómicos y a quienes podían haberlos manipulado en cualquier sentido.

También se procedió a la búsqueda del general Barrows, el senador Welby, el senador Patterson, Cari Aldeman, Richard Sewey... No hubo resultado alguno en esta búsqueda, pero, al menos, se tuvo la seguridad de que el Pentágono no sería atacado.

Finalmente, casi a las once de la mañana, el señor Jason Maxwelllance recibió a sus visitantes, a los que miró con seria y concentrada atención, muy superior a la que mostraron Elvis y Alice, pues ellos, naturalmente, ya conocían de sobra al presidente de los

Estados Unidos, un hombre alto, pelirrojo, de grandes ojos verdosos y gran boca sensual y sonriente.

No había nadie más en el despacho.

—Señorita Westmoreland —le tendió la mano a Alice—. Es un placer conocerla Y también a usted, señor North.

Ambos agentes de la WWW murmuraron unas palabras mientras estrechaban uno tras otro la mano de Maxwelllance, que seguía contemplándolos con suma atención. Señaló los sillones colocados ante su mesa, y se sentó él después que lo hubieron hecho sus visitantes.

—En este gran país —dijo— no termina uno de sorprenderse nunca. La verdad es que había oído hablar de la Vigilancia Universal, claro está, pero me pareció... un organismo más bien... romántico.

—Me parece, señor —sonrió Alice— que iba a decir usted inoperante.

Maxwelllance forzó una sonrisa.

—Es usted muy perspicaz, señorita Westmoreland. Sí, es cierto, algo así pensaba respecto a la WWW. Es más, ni siquiera se me ha ocurrido contar nunca con ese organismo.

—Siempre se está a tiempo de rectificar.

—Sí... Es cierto. Bueno, ustedes ya saben: hay tantos servicios digamos especiales, que uno pierde la cuenta y el sentido del funcionamiento de cada uno. Generalmente esta clase de problemas los ha resuelto siempre la CIA o el FBI.

—Esta vez no —dijo con tono seco Elvis North.

—Es más —añadió Alice—, por ciertas palabras oídas a algunos empleados a miembros de la Empresa sabemos que también en el seno de la CIA contaban con ayuda, cuando menos informativa.

—Toda ira saliendo —asintió Maxwelllance—, Mientras tanto podemos estar tranquilos, pues, por lo que tengo entendido, la Empresa se ha disuelto.

—Yo no lo creo así, señor presidente —rechazó Elvis—, Es por eso que hemos solicitado esta entrevista personal y privada. Estoy convencido de que la Empresa volverá a operar no tardando muchos..., a menos que sea innecesario.

—¿Innecesario? ¿Qué quiere decir?

—Que seamos nosotros, el poder visible y establecido, quienes evitemos la programación y puesta en marcha de una guerra tras otra.

—Eso es imposible, señor North.

—¿Por qué motivo? —saltó Alice.

—No lo sé. Tal vez usted recuerde que uno de los puntos fuertes de mi programa electoral era la oferta de una continua búsqueda de paz... Por mi parte lo estoy intentando con todas mis fuerzas, pero... no puedo hacer nada.

—¿Usted no puede hacer nada? ¡Es el presidente de los Estados Unidos de América, señor!

—Sí, pero hay... tantas presiones de todas clases que yo sólo soy en realidad... lo que me dejan ser, y sólo hago lo que me dejan hacer.

—¿Quiénes?

—Evidentemente personas que estarían en el bando totalmente opuesto a la Empresa. Créalo usted o no yo no puedo evitar que se estudien, programen y pongan en práctica guerras de más o menos importancia. No soy yo quien controla el Pentágono, ni los ejércitos, ni las relaciones totales con el resto del mundo... Un hombre solo, por muy buena que sea su voluntad, no puede hacer nada... Nada.

—¿Ni siquiera siendo el presidente de Estados Unidos? —Ni así. — En ese caso, señor presidente, podemos empezar a temer por los nuevos planes de la Empresa. Es cierto que conocemos algunos de sus componentes, pero se esconderán bien, y otros ocuparán su lugar. Y, a fin de cuentas, el gran cerebro de la Empresa, su director, el creador de sus ideas y planes, está libre y no sabemos quién es. Tiene que ser alguien importante, también poderoso de un modo u otro... Y ese hombre volverá a intentarlo, pues estar seguro.

—No... No lo hará. Ya ha perjudicado bastante a sus colaboradores.

—Nadie les obligó a ellos a colaborar con el director de la Empresa y traicionarle a usted, señor presidente.

—Ustedes no tienen todavía una idea clara de este asunto —casi sonrió Maxwelllance, pero dando la impresión de que había una mueca de niño al borde del llanto—. A veces, queriendo hacer un bien de gran magnitud, nos ofuscamos y no tenemos en cuenta el mal que podemos hacer por otro lado.

—¿A qué se refiere, señor? —murmuró Alice.

—A que ustedes tenían razón: no tenemos derecho a hacer pagar a justos por pecadores. Habrá que buscar otro medio. Mientras tanto, tendré que buscar el modo de que Dick Sewey y los demás que han colaborado conmigo en la Empresa puedan recuperar sus derechos civiles y humanos. No es justo que se les persiga por un ideal de paz..., aunque se enfocara de modo equivocado. Ni sería honesto por mi parte hacerlos perseguir después de tanto como me han estado ayudando. ¿No están de acuerdo?

Elis y Alice estaban sencillamente petrificados.

En blanco la mente, lívidos los rostros, inmóviles los ojos fijos en aquel hombre que estaba ahora llorando ante ellos. Llorando de verdad, con grandes y silenciosas lágrimas que se deslizaban lentamente por sus mejillas.

—Dios mío —alentó por fin Alice—. ¡Oh, Dios mío

—Veo que ya han comprendido quién es el director de la Empresa.

—Pero esto... ¡es imposible!

—He reflexionado mucho antes de recibirlos porque no sabía si decírselo o no a ustedes dos. Tampoco sabía si decirles que el presidente de los Estados Unidos de América no puede hacer siempre lo que quiere o quisiera, pero sí querría hacer lo que promete. Y yo prometí paz... Promesa que no estoy cumpliendo. Entonces me dije..., me dije que prefería mantenerme fiel a mí mismo fuese como fuese, y se me ocurrió lo de la Empresa..., y lo del Pentágono. ¡Es que no se me ocurriría nada más, no me dejaban hacer nada más, ni como persona ni como presidente, tenía que conseguir un poder que superara al del propio presidente de los Estados Unidos para evitar más guerras...! Y encontré... amigos, personas dispuestas a arriesgarse por la Empresa..., la gran empresa de mi vida. No volveré a idear nada como lo del Pentágono y lo del Kremlin, pero necesito conseguir victorias humanas, y para ellas necesito gentes como el general Barrows, como Dick Sewey, Como Cari Aldeman..., gente que me ayude, aunque sea utilizando en ocasiones matones que hagan cosas desafortunadas pero inevitables... Siempre cae alguien, pero una cosa es eso y otra cosa es que paguen justos por pecadores. Ustedes me han convencido de eso, pero díganme: ¿podré contar con ustedes si más adelante se me ocurre... alguna idea que pueda poner de nuevo en marcha la Empresa para disuadir al mundo de guerrear?

Jason Maxwellance estaba llorando ya sin disimulos. Alice tragó saliva, y miró a Elvis North, que contemplaba fascinado al presidente..., al director de la Empresa, al hombre que no se había resignado a ser un muñeco en manos del poder oculto, sino que había querido cumplir sus promesas de paz hechas al electorado, a los Estados Unidos de América..., al mundo entero.

—Sí, señor presidente —murmuró por fin Alice Westmoreland—: podrá contar con nosotros.

ESTE ES EL FINAL

—¡Cómo que podrá contar con ustedes! —exclamó el hombre con el que Elvis y Alice se habían encontrado en la Avenida de los Cerezos de Washington—. ¡Cómo que podrá contar con ustedes...!

—No creo que hayamos hablado en chino —dijo Alice sosegadamente—, ¿Verdad, mi amor?

—Verdad —dijo Elvis—, Has hablado en perfecto inglés.

—Eso me parecía. Pero a lo peor nuestro jefe, además de ser feo y viejo se nos está quedando sordo. Recuerdo que aquella vez...

—¡No es momento de bromas! —estalló el hombre que encargaba sus misiones a los invencibles Elvis y Alice—. ¡Este es un asunto muy serio! ¡Maldita sea, nos la hemos estado jugando nada menos que contra el mismísimo presidente de los Estados Unidos! ¡Querían convertir en una tumba gigantesca el Pentágono, no lo han conseguido gracias a ustedes dos..., y precisamente ustedes dos me dicen que ese hombre podrá contar con ustedes si se le ocurre alguna barbaridad más!

—No le ayudaríamos en ninguna barbaridad —dijo Alice—, sino en cualquier acción orientada a disuadir al mundo de guerrear.

—¡Ese hombre no está en sus cabales! ¡No es adecuado para el cargo que ocupa!

—Claro —dijo amablemente Alice—, Deberíamos poner uno que aceptase sin rechistar todas las consignas bélicas y económicas del gran poder oculto. Uno que acepte las guerras, que envíe soldados a cualquier parte del mundo a matar y morir, uno que sonría ante las cámaras de televisión alzando los brazos, contentísimo porque lo han elegido..., y que luego ni siquiera se le pase por la cabeza cumplir sus promesas. Uno que no tenga jamás ni la más pequeña idea tendente a un mínimo sacrificio para buscar verdaderamente la paz. Uno que no llore, vamos. ¿No es eso lo que deberíamos buscar?

—Santo Dios —jadeó el jefe.

—En cuanto a usted, escuche esto —te señaló Elvis al pecho con un dedote—: aquí nadie ha conseguido saber quién es el director de la Empresa, y el presidente nos llamó a Alice y a mí para darnos las gracias personalmente y rogarnos que transmitamos su más elogioso saludo a todo el personal de la Vigilancia Universal. Y eso es todo.

—Pero... ¡ustedes también están locos!

—Se lo diremos de otra manera —sonrió dulcemente Alice—: si usted delata a ese hombre, si traiciona la confianza que acabamos de demostrarle explicándole la verdad, nosotros le cortaremos el cuello a usted.

El hombre palideció, sus ojos saltaron de uno a otro agente de la Vigilancia Universal. Por fin jadeó:

—No pueden amenazarme a mí...

—¿No podemos? —alzó las cejas Elvis.

—¡Soy su jefe!

—¿Qué? —se llevó Alice una mano a una deliciosa orejita que Elvis se inclinó a simular morder.

El hombre sacó el pañuelo, se lo pasó por la frente, lo guardó, y miró al cielo, a la tierra, a los estanques que reflejaban la luz del resplandeciente sol de aquel día insólito.

—Está bien —susurró finalmente—. ¿Podré seguir contando con ustedes?

—Si se porta bien, sí. ¿Verdad, mi amor?

—Verdad —asintió Elvis, que casi se permitió una sonrisa—. Pero no sólo ha de portarse bien, sino aprender a no acudir a buscarnos cuando estamos haciendo el amor.

—Es verdad —aprobo Alice—. ¡Porque mira que es inoportuno este pobre hombre!

—Pero eso se acabó — lo miró aviesamente Elvis—, ¿Verdad que se acabó..., «jefe»?

—Maldita sea mi estampa —jadeó el otro.

—Eso quiere decir —sonrió Alice, tomando del brazo a Elvis— que podemos marcharnos con la seguridad de que, por lo menos durante el resto del día de hoy, la Vigilancia Universal y los problemas del mundo se tendrán que arreglar sin nuestra ayuda. Y es que cuando nosotros estamos tan tranquilos y a gusto haciendo el amor y viene usted a buscarnos, también pagamos justos por pecadores, ¿sabe usted, «jefe»?

F I N

PUNTO ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



8 410018 011455

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



**PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.**

Impreso en España